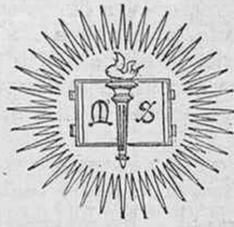


La Ilustración Artística



Año XXIV

← BARCELONA 16 DE ENERO DE 1905 →

Núm. 1.203



VEJEZ, copia de una acuarela de Francisco Pradilla,
portenciente á la colección de D. Alejandro de Anitua



SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Los artistas en la intimidad*. Pradilla, por Manuel Carretero. — *La golondrina*. Fragmentos de dos cartas, por Emilio Rueda. — *República Argentina*. Buenos Aires. Concurso organizado por el Intendente Municipal, por J. Solsona. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Sin ilusiones*, novela ilustrada (continuación). — *La ametralladora Bergmann*, por G. Espitalier. — *Atracción de los animales por la luz*, por el Dr. Laloy.

Grabados.— *Vejez*. — *En la fiesta del Apóstol*. Tipo de Muradana, acuarelas de Francisco Pradilla. — *Estudio para el cuadro «La rendición de Granada»*. — *Pintura a la cera*, obras de Francisco Pradilla. — *Pradilla, Alvarez y Plasencia*. — *Francisco Pradilla*. — *República Argentina*. Buenos Aires. Concurso fotográfico organizado por el Sr. Intendente Municipal D. Alberto Casares. *Fotografías premiadas*. — *Guerra ruso-japonesa*. Refuerzos japoneses a Yantai. — *El general Rennenkampf leyendo a sus tropas la proclama de Kurohathine*. — *Soldados japoneses con sus trajes de invierno*. — *Mortero de madera reforzado con ataduras de bambú*. — *Ataque del fuerte Niruzan ó del Dragón durmiente*. — *Episodio de la batalla del Cha-Ho*, dibujo de F. Matania. — *Distribución de juguetes entre los asilados de la Casa de Maternidad y Expósitos de Barcelona*. — *Lord Mount-Stephen*. — Figs. 1 á 7. Ametralladora Bergmann. — Casa para una familia obrera adjudicada por la *Obra del Hogar* al obrero D. Juan Quintana y Llorens.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El *Huerto* siniestro donde el azahar florecía abonado con humus de cuerpos humanos, ha proyectado su tétrica sombra sobre los últimos días del año 1904 en nuestra patria. Ha sido una revelación nueva de lo que tantas veces deploro en estas Crónicas y que ha podido dar á mis lectores y lectoras de América idea pesimista de nuestro estado social: una prueba clara de lo que, mejor que ningún otro síntoma, descubre la criminalidad: del desequilibrio entre la intensidad de los apetitos y necesidades, y los medios lícitos de ganar dinero para satisfacerlos.

Hace veinticinco años, España se encontraba atrassada, cerrada á las influencias europeas; pero los artículos indispensables estaban más baratos; mil goces y refinamientos (groseros, pero refinamientos al fin) se desconocían; la vida de provincia y de aldea, y aun la de infinitos habitantes de la corte, era modesta, humilde, obscura. Hoy todo cuesta y todo se apeetece, y hasta los últimos rincones y lugarejos llegan los periódicos y los inventos, los relativamente fáciles placeres, pues si es cierto que las subsistencias han encarecido, ciertos deleites se han puesto al llegar de la mano, y las concupiscencias salvan ya la valla de las distancias y de los aislamientos. El español, prodigio de sobriedad, va aprendiendo á comer, beber y usar y abusar de los excitantes, café, tabaco, licores, y de los espectáculos y *sports*; el español, contento antaño con las mozas zahareñas de su lugar, exige ya patchulí, peinados fofos, sayas con orla de puntilla, calzado fino, estrecho, afeites y melindres. El mismo español que se consagra á la vida de familia, busca ya para esa familia desahogo, comodidad, regalo, según su esfera, ó más allá; los niños de un artesano se cortan el pelo á lo Eduardo, y lucen pamelas con lazos y plumas. Claro es que preferentemente se cultiva la apariencia, y hay más de superfluo y de vacío que de positivo y útil en este movimiento transformador; pero todo se da la mano, todo se resuelve en una terrible fórmula: hace falta ganar más, porque es mayor el consumo y más ansiosos los deseos.

¿Cómo lograr este aumento de ganancia? El trabajo... El trabajo es el camino lento, largo, estorbado por obstáculos y competencias. De tanta gente como viene á mi puerta, la inmensa mayoría se queja de no encontrar trabajo. No todos mentirán.

Trabajo se encuentra, pero luchando con trabas, y esta es una de las explicaciones de la emigración á países donde el trabajo, cuando menos, parece brindarse á todo el que lo pide. Y la gente, afanosa de ganar dinero, echa por el atajo: se *ingenia*, palabra tan elástica... El ingenio empieza en la reventa de billetes de lotería, un ganadero de pan que es un término medio entre trabajar y pedir limosna, y termina en la baraja marcada y los negocios de tahurería, los cuales, á su vez, tienen, bajo los naranjos del Huerto del Francés, uno de sus más adecuados desenlaces.

Y se agotaron en Madrid los décimos de la Lotería Nacional, dos días antes del sorteo. A la puerta, un enjambre de desarrapados pregonaba los últimos décimos que quedaban disponibles. Hizose el sorteo, y el premio, un pequeño premio de treinta mil duros, cayó repartido en fracciones (como había sucedido antes con el gordo de Navidad), á las vendedoras de verduras del Rastro. Vierais allí volar por los aires, á manotadas y puntapiés, las hortalizas, volcarse los cestos, desbaratarse los tinglados, que representan el

trabajo, la ocupación diaria. Tres ó cuatro mil pesetas que puedan haberle tocado á una verdulera, alcanzarán para que monte mejor su pequeño tráfico; pero no la redimen del trabajo, no la permiten tirar al aire las remolachas. Este es el único mal de una contribución indirecta muy amable, como la lotería: que cuantos juegan, en vez de tomarla por distracción de un instante, la toman por algo substantivo, que va á permitirles arrojar al suelo ó esparcir hacia los cuatro puntos cardinales los modestos artículos que constituyen y reportan el sustento diario.

No ha faltado quien se regocijase, en su patriotismo, de que el *Huerto* se llame «del Francés» y sea nacido en Francia el poseedor de tal matadero-cementerio. Eterno error confundir al individuo con la masa. El individuo poco significa dentro del estado social, y las individualidades excepcionales, en mal ó en bien, se crían en todas las latitudes. Lo grave en estas cuestiones, socialmente miradas, no es que existan dos ó tres criminales del temple de Aldije y Muñoz, sino que una masa de especuladores turbios y equívocos les ofrezca materia abundante para montar el crimen á guisa de industria fructuosa. No me alarman tanto los verdugos del Huerto como sus víctimas.

Y me alarma también, por la misma razón, porque significa algo colectivo, un fenómeno moral, la impresionabilidad malsana de la conciencia pública, indefectiblemente dispuesta al linchamiento en los primeros instantes de descubrirse un crimen, y no menos indefectiblemente enternecida y apiadada á los pocos meses, cuando llega el momento de exigir responsabilidad.

No se apiada aquí la gente de los criminales simpáticos por algún motivo: no discurre ni piensa: no recuerda siquiera, transcurrido tiempo, qué hicieron aquel hombre ó aquella mujer que van al banquillo á responder de sus actos. En mi tierra, no ha mucho, se cometió un crimen semejante á los del *Huerto*. El móvil, los procedimientos, iguales. No conozco crimen más repulsivo. Al mes, ó al mes y medio, no sólo era disculpado el criminal, sino que gozaba de cierta popularidad, bastarda y reprochable. El hecho se ha producido igualmente con Cecilia Aznar, que acabó por heroína de folletín, recibiendo declaraciones amorosas.

Tal vez exista alguna relación entre estas anomalías de la psicología colectiva española y el incremento de la superstición, coincidente con la decadencia de la fe. Que la gente se vuelve supersticiosa, no cabe dudarlo. Díganlo los pases á las jorobas de los revendedores de billetes de lotería, que poseen este talismán. Hay quien cree que con deslizar la mano sobre el paño burdo de la chaqueta, donde hace saliente la contrahechura, tiene asegurado el gordo.

Nunca ha estado tan difundida la aprensión del número trece (en Francia todavía más que aquí); nunca ha sido tan corriente industria la venta de amuletos, fetiches y *porte bonheurs* como actualmente. En otros siglos se prevenía la mala suerte usando reliquias de santos, trozos de *lignum crucis*, algo que se reducía á implorar la protección del cielo; hoy se encomienda este menester á los cerditos de pasta, los ahorcados de níquel, los tréboles cuatrefolios de esmalte verde, los cuernecillos de nácar y otras infinitas bujerías que cuelgan de brazaletes y cadenas, y á las cuales (habiéndolas comprado por tres pesetas en casa del quincallero) se atribuye influjo felicísimo en el destino del portador. Hay en esto un símbolo.

El talismán, en otras épocas traído de Palestina ó de Arabia con riesgo de la piel, ganado á botes de lanza ó adquirido á peso de oro, es hoy objeto de comercio vulgar, de precio módico, accesible á las niñas cursis y á los señoritos desequilibrados que, al oír la palabra *culebra*, se estremecen hasta la raíz del pelo, y colocando los dedos en posición cabalística exclaman: «Lagarto, lagarto, lagarto,» con el tono de terror del que ve un peligro inminente y se encomienda á los poderes sobrenaturales...

¿Y qué diré del desarrollo de la superstición en el juego? Fórmase una mesa de tresillo en cualquier casa, y se enzarza la partida. Alrededor de los jugadores se sitúan unos cuantos mirones. Empiezan los jugadores, como es presumible, á perder unos lo que otros ganan. Sin dilación los perdidosos acusan de la pérdida á alguno de los mirones, que, es la frase consagrada, «trae pato.» Y se revuelve angustioso el jugador, y mira con desolación al *jettatore*, y acaba por decirle en voz suplicante: «¡Si quisiese hacerme el favor de cambiar de sitio! Desde que está usted ahí, no he visto una carta.»

El juego—preciso es reconocerlo—abre la puerta

á la superstición. Mil veces me he preguntado qué explicación natural, racional, puede darse al extraño caso de la *vena*, y no supe acertarla. El hecho existe, y nadie que juegue poco ó mucho lo desconoce. Dos observaciones casi constantes: primera, «la vena,» que se declara por un individuo una noche ó varias seguidas, y trae á sus manos la carta que necesita, la jugada oportuna, la contra dañina al adversario; y «la negra,» que desbarata toda combinación, estropea toda jugada, lleva como por fuerza á auxiliar al contrario. Puede notarse también que la suerte en el juego suele ser patrimonio de los viejos, de los que no brillan, de los que están «fuera de combate» en amor y ambición. Díjérase que el juego acata la ley de las compensaciones, que hay en él una obscura equidad. De esta equidad singular sé un caso que es en cierto modo un drama. Me refirieron que un joven oficial, en una de las Antillas que fueron nuestras, murió en duelo á la mañana siguiente de haber ganado una fortuna, en sólo una noche, jugando con fiebre que acaso fuese ansia de olvidar el peligro. Hizose rico en horas, y entre tanto la muerte afilaba su segur. Aquel montón de oro y billetes fué el mullido de su fosa. Y aseguran que él, según ganaba más y más, sentía claramente el desquite que le amenazaba, y extraviados los ojos y el rostro color de yeso, rechazaba la ganancia con una especie de cólera sombría.

Registro mi espíritu y me encuentro ajena á estos terrores del número 13, á los beneficios de los amuletos y de la cuerda del ahorcado, al dañoso efecto del cruce de manos al saludarse cuatro personas, de la culebra, de la rotura de espejos y vuelque de saleros; comprendo que no me alarma el que nadie se siente á verme jugar; y hasta confieso que, al sonar las doce del último día del año, no fundo grandes esperanzas de ventura en las trece uvas que comemos en algún palco de algún teatro, entre bromas y felicitaciones cordiales... rito supersticioso, que *La Epoca* llama tradicional, y cuyo origen desconozco enteramente, pues hasta hace poco no lo he visto en práctica. Hallo en él la ventaja del siempre grato sabor de las uvas, y aparte de eso, me creo libre de aprensiones, y hago leve movimiento de orgullo...

Pero, un minuto después, registrando mejor, noto que hay dos ó tres cosas que me causan la impresión peculiar del miedo á lo desconocido, que debe de ser raíz de la superstición.

Yo paso un mal rato al escribir, aun estando de luto, una carta en papel de orla negra. El papel de orla negra me es intolerable, me críspala. El lacre negro, no. El papel solo. ¿Por qué? No sé decirlo.

Al lado de esta preocupación, tengo la de impresionarme desagradablemente en las habitaciones iluminadas y solitarias. Un salón donde hay mucha luz, sin gente, me estremece. Acaso se deba á una lectura, en mi niñez, de la célebre visión de Gustavo III de Suecia; asesinado por Ankarstroëm. Un surco en la fantasía, abierto en la primera edad, á veces no se borra nunca.

Y para consolarme de tales flaquezas, me acuerdo de una comida literaria en Lhardy, hace muchos años. Entre los comensales figuraba D. Ramón de Campoamor. Cuando llegué al restaurant, no muy retrasada para ser mujer, me encontré al gran autor de las *Doloras* sentado en un rincón del saloncito, recostados el codo y el cuerpo en el aparador, en la actitud más melancólica del mundo. No pude menos de acercarme con interés, y á mi pregunta respondió consternadísimo:

—Somos trece, trece justos... Y yo el más viejo... Esto es jugar un billete á la lotería de la muerte...

Después de muchas risas, mezcladas con invectivas, como el poeta siguiese obstinándose en no acercarse á la mesa ni comer pan á manteles, enviamos recado á Fernando Fe, que se puso el frac precipitadamente, y vino á completar el número de catorce y á tranquilizar al ilustre supersticioso...

Y como los periódicos me atribuyesen después á mí la superstición y yo me sorprendiese, el poeta me dijo, muy contrariado:

—¿Por qué no dejaste que te echasen la culpa? Eso, en una señora, extraña menos.

¡Pobre é inolvidable amigo! ¿Qué más da ser mujer que hombre, para este achaque del terror vago y sin causa?

No he llegado á conocer en tal respecto diferencias, ni el valor que se atribuye el hombre le impide padecer los miedos indefinibles...

Y salga por centésima vez el ejemplo de Napoleón Bonaparte, con su agorero de cámara y sus presagios de victoria y derrota.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Los artistas en la intimidad.— Pradilla

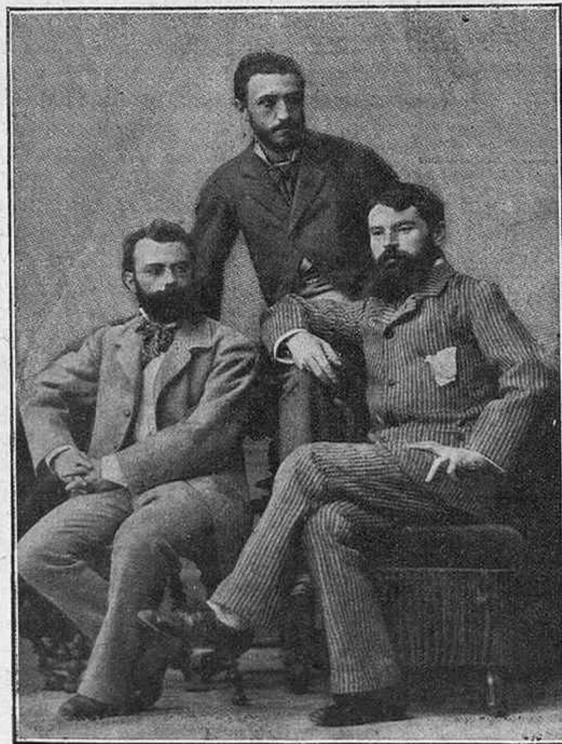


Estudio para el cuadro «La rendición de Granada,» obra de Francisco Pradilla.

Este lector, el gran maestro D. Francisco de Pradilla, es un hombre extraordinario, quizás único en nuestra avillanada época de hombres impuros y frívolos.

Es aragonés; su carácter es enérgico; piensa y obra por cuenta propia, y es la veracidad en persona.

Yo, desde ha tiempo, tengo el honor de conocer á Pradilla. Fui á su artístico hotel-estudio de la calle



PRADILLA, ALVAREZ y PLASENCIA, primeros pensionados de la Academia Española de Roma. De fotografía hecha en 1877, cuando trajo Pradilla de aquella capital su cuadro «Doña Juana la Loca.»

de Quintana, y dentro saboreé con delicia exquisitas sensaciones, que el lector, seguramente, me enviará...

Como para muchas personas, para mí era Pradi-



Pintura á la cera de una de las cuatro tribunas del salón de baile del palacio que fué del Marqués de Linares y hoy es de los Marqueses de Villapadierna, obra de Francisco Pradilla

lla, antes de hablar con él, un concienzudo pintor, meritísimo por su humilde cuna, por su ardoroso trabajo y por haber compuesto de una manera magnífica, brillante, sus dos famosas creaciones, que en centros españoles se conservan como muestra del arte moderno del pasado siglo: *Doña Juana la Loca* y *La rendición de Granada*.

Algo más de la vida del artista, con otros trabajos de nuestro primer maestro, premiado con los más elevados honores en el mundo en todos los certámenes donde expuso sus obras, confieso ingenuamente que nada recordaba.

Y en algún círculo donde los artistas nos reuníamos, hube de preguntar un día cuál era la causa de que este hombre, una indiscutible gloria española, fuera para nosotros un desconocido, como cualquier extranjero de no vulgar mérito...

Parecía como que Pradilla, este pintor joven aún, era sólo una remembranza, con Rosales, Fortuny, Casado y Gisbert, de tiempos muertos, de la última centuria que ya se esfuma en el olvido.

Entonces, en el círculo de mis amigos, alguien intentó pintarme con colores vulgares, chillones, exagerados, la antipática fisonomía de un hombre hurano, soberbio, irascible, encastillado en su torre de marfil, ó mejor dicho, en un agujero de penitente; sin amigos, sin trato social, paseando por sitios esquivos y solitarios; persona de ideas extrañas, extravagantes y llena de «manías.»

Y así descrita una vida no vulgar de un hombre inteligente, devoráronme deseos jamás sentidos de conocer y tratar, todo lo más cerca posible, á Pradilla.

Y una tarde del pasado otoño llamé á su puerta.

Yo, por hoy, no intentaré describir como quisiera, punto por punto, la deliciosa vivienda árabe del pintor, sus preciosos muebles antiguos, sus cortinones moriscos, sus hopalandas bordadas para las modellos, sus jardines, las fuentes, los rinconcitos de arte allí en la fronda, que el maestro guía á su gusto para transportarlos después á sus bellos lienzos; porque de todo esto—hasta de las criadas de Pradilla, tan finas, tan agradables, tan bonitas,—del más delicado y envidiable retiro de este superhombre, ocuparía un lugar muy extenso.

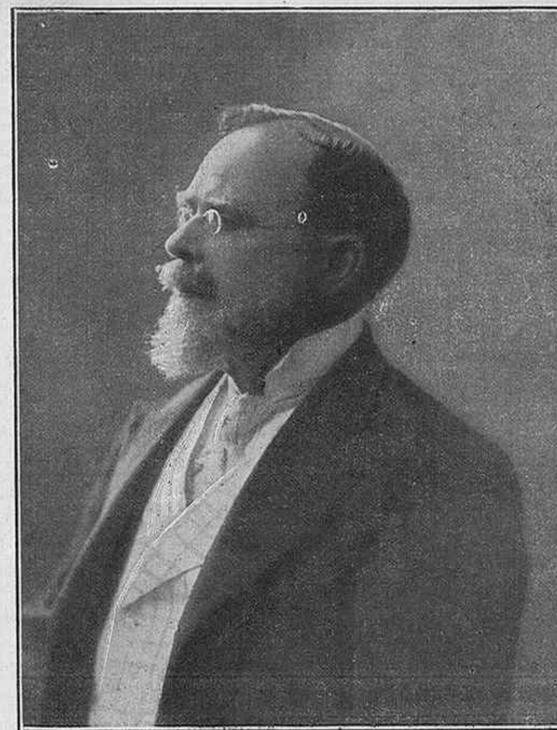
Yo os hablaré en mi crónica sólo del maestro, del hombre sencillo y edificante.

Oyéndole, á los pocos minutos he comprendido el error de sus informadores, y por desgracia, de mucha gente también: Pradilla es un sincero, un trabajador, un virtuoso, un hombre fuerte, que vencerá cuantas veces quiera aquí y fuera de España.

La historia de Pradilla, y lo que significa su nombre en el extranjero, á los que la ignoran ó la tienen en olvido voy á recordársela con brevedad en dos ó tres párrafos.

Pradilla es hijo de padres muy pobres; nació el año 47 en Villanueva del Gállego, Zaragoza; quiso hacerlo sacerdote una tía suya bien acomodada; pero Pradilla, ya con grandes aficiones á la pintura, huyó á Zaragoza, donde al poco tiempo dió á conocer su primera obra: las decoraciones de *Los Hugonotes* en el teatro Principal. En Zaragoza fué aprendiz y pintor de puertas, como Miguel Angel, que en un pueblo de Italia tenía el oficio de picapedrero. A los

diez y ocho años vino Pradilla á Madrid. Entónces su carácter era tímido, pero severo y reflexivo; había leído mucho y muy heterogéneo: desde la filosofía de Hegel y Renán, hasta la construcción de locomotoras; amaba también la música.



FRANCISCO PRADILLA

Ya en Madrid, unos escenógrafos, Ferri y Busato, entónces de moda, admitieron al joven artista en su taller con la obligación de moler los colores y preparar las telas para el pintado. Recordando las noches en vela que pasó en estos trabajos, la penuria en que vivía, su enfermedad de la vista, dolencia de la que por poco pierde un ojo, los dibujos rechazados en los periódicos por la carencia de gusto artístico hasta donde más falta hace, el paso que todos cierran al joven desconocido, sin mirar su trabajo, Pradilla ha vertido una lágrima, síntesis ahora de aquellos diez años de agonía, de duelo constante, que los que no luchan no sabrán apreciar...

Después, cuando el maestro había cumplido veintiocho años, el Estado le compró su primera obra, y al año siguiente obtuvo una plaza, con Plasencia y Ferrant, de pensionado de Roma. Y desde su estancia en Italia arranca la gloria de Pradilla.

Fué *La disputa del Sacramento* un cuadro donde los críticos vieron ya una esperanza en el arte; *El naufrago* es un serio adelanto en el año segundo, y con el tantas veces encomiado *Doña Juana la Loca* termina Pradilla su pensión.

Recordaréis que este sentido lienzo obtuvo dos medallas de honor: la concedida en nuestro Certamen del 78 y la que por unanimidad le otorgó el Jurado de la Exposición de París el mismo año. Entónces, á raíz de este triunfo, fué nombrado Pradilla caballero de la Legión de honor y académico de la Imperial Academia de Viena. En 1881 ocupó un sillón en la nuestra de San Fernando y fué nombrado

también director de la Española en Roma, recibiendo del Senado el encargo de pintar un cuadro, *La rendición de Granada*, lienzo que mereció el nombre de «El pasmo de Madrid,» y que algunos críticos juzgan como superior al de *Doña Juana la Loca*. El Sr. Picón dijo á propósito de él: «Pradilla es joven, posee las cualidades intuitivas que constituyen el artista; las avalora cada día por la observación y el estudio; su imaginación y su mano no descansan, y el aplauso de su país le sigue á todas partes. Es de esa raza de príncipes de la inteligencia cuya soberanía se afirma por el progreso y se consolida con el tiempo: no hay para ellos destronamientos posibles...» Y en otro párrafo añade: «Un solo pintor hay en Europa capaz de competir con Pradilla. Es Munkasy. Su cuadro *Cristo ante Pilatos* es sublime resurrección del mundo bíblico y evangélico. París se ha prosternado ante su lienzo y Munkasy es hoy millonario. Su patria ha celebrado su honor con fiestas nacionales, etc.»

Nuestro Senado dióle á Pradilla diez mil duros por su primorosa pintura y el Gobierno le nombró Caballero de la Gran Cruz de Isabel la Católica. Años después envió Pradilla á Viena un pequeño cuadro de cincuenta centímetros de ancho, *La romería de Guía, en Vigo*, que fué premiado con medalla de oro. Las Academias de Bellas Artes de Munich y Berlín le nombran académico; oficial de Instrucción pública y miembro de su Instituto, Francia; Italia, académico de mérito de la Romana de San Lucas; Alemania, caballero de la orden prusiana, de la que, en artes y ciencias, no hay más que seis puestos para los extranjeros. Y en Berlín obtuvo también el gran artista aragonés la gran medalla de oro para el Arte en la Exposición de 1892. Hasta el día Pradilla ha terminado más de ochenta cuadros.

¿Por qué Pradilla vive hoy apartado de la vida del Círculo, de la oficial, de la tertulia, de las Exposiciones, y su nombre glorioso parece ya pertenecer á algo que aun siendo grande no va unido con la existencia social? D. Francisco de Pradilla alcanzó otros dos honores: fué director del Museo de Madrid y presidente del Jurado en una Exposición Nacional. Soñó que siendo el jefe, por méritos reconocidos, de nuestro primer Museo—lo único grande, maravilloso, que nos queda—podría ordenar á su gusto aquella casa. Y como presidente de la Exposición española desatender las recomendaciones para medallas y honores, de políticos y amigos... ¡Grave error!

De su enorme prueba salió el tozudo aragonés como aquel otro gran soñador y poeta, nuestro buen Quijano—como Giner, como Costa, como Cajal y Benot, como tantos otros,—maltrecho, sin esperanza alguna, sin deshacer entuertos ni enmendar errores.

Y entonces renunció sus elevados cargos: la presidencia del Certamen, la dirección del Museo, con pingüe sueldo, y hasta 200.000 pesetas, lo adquirido con buena parte de sus lienzos, capital que un amigo le perdió en una quiebra escandalosa que todos recordaréis. En aquellos cuatro años de lucha continua con altos y bajos, con falseadores de la verdad y del derecho, con hombres tan pobres de espíritu como llenos de ciemo, con enemigos enmascarados, Pradilla creyó morir de angustia. Se le hizo el vacío, como á persona no grata; los amigos le miraban con lástima y todos repetían: «Es un Quijote.» ¿Pero es que en España, en este país de rutina, pobre y desgraciado, pueden hacerse ciertas cosas?.. Es verdad.

Pradilla hubiera perecido en la desigual contienda, y por eso, desengañado, optó por apartarse de

aquellos hombres, de aquellas cosas, de aquellas vidas, de aquellas costumbres... Y «como los pocos sabios que en el mundo han sido,» buscó «la escondida senda:» su familia, sus hijos, sus pocos amigos,

volver de las africanas playas, el nido de amores que ambicionaba antes de acabar de echar las plumas de las alas. Eramos felices; pero un día yo, que no había mirado al cielo más que para bendecir al Creador que me había otorgado la suprema dicha de llamarte mía, que no había visto en él más que la huella de la mano todopoderosa que le hizo, le miré para ver un águila que surcaba el espacio desafiando al sol: desde aquel día nubló mi dicha el deseo de parecerme al águila y surcar como ella el espacio, y encontrando misero nuestro nido, colgado en el alar de un tejado, anhelé tenerle en el pico más alto de las desnudas rocas de la montaña; y como sabía que tú no tenías fuerzas para seguirme, perdida la confianza en ti, te oculté mi proyecto, y tú, al verme desconfiado, no alegrabas ya el nido con tus gorjeos.

»Una mañana, apenas el sol doró los altos picos de la sierra, emprendí el vuelo piando regocijado, porque iba á ver lograda mi suprema aspiración de elevarme; y volé mucho, ¡mucho!, y dejé atrás las cimas de los montes en que el águila anidaba, y seguí subiendo, y subí tanto, que ya atravesaba las nubes y me encontraba tan cerca del sol, que su calor abrasaba mi cuerpo y su luz cegaba mis ojos: entonces eché de menos el tibio calor de nuestro pobre nido: quise apoyarme en algo, porque mis alas no tenían fuerza para seguir volando, pero no había nada á qué poder agarrarme: ¡había subido tan alto!.. Intenté resistirme, pero en vano: muerto de fatiga, extenuado de hambre—que en aquellas alturas no había insectos que cazar,—abrasado de calor, ciego por tanta luz, caí sin sentido á través del espacio que había ansiado cruzar, y cuando iba á estrellarme en los picos más altos de la montaña, desperté...

»Había soñado contigo y seguí pensando en ti: perdóname, Carmen: algo parecido á lo del sueño ha pasado entre nosotros: me cegó la soberbia; pero estoy arrepentido, créeme: no quiero subir tan alto que luego me falten las fuerzas para sostenerme y me estrelle: no quiero mirar más cielo que el de tus ojos, ni anidar más arriba del alar en que me puso Dios...

»¿Quieres tú ser la golondrina que alegre con sus trinos y de suave calor con su cariño á mi nido de barro?—Luis.»

Val-de-rosas, 14 de julio.

«Siempre esperé que al fin volverías á mí. Te adora tu Carmen.»

No conozco á los autores de las cartas de que he copiado estos fragmentos; pero sí á muchos, ¡tantos!, hombres que, siendo golondrinas, se sienten águilas, y ¡es claro!, se estrellan por subir á buscar el sol, ¡pudiendo ser tan felices en su nido de barro!..

EMILIO DE RUEDA.

REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES

CONCURSO ORGANIZADO POR EL INTENDENTE MUNICIPAL

El Sr. Casares, antes de retirarse de la Intendencia, quiso celebrar este popular concurso, obteniendo éxito completo. El jurado calificador, después de largas y detenidas sesiones, publicó su veredicto, resultando agraciado con el primer premio, medalla de oro, D. Vicente Biagini. Sus espléndidos negativos 30 x 37 y la nitidez y buena impresión indican, amén de la superior clase de la máquina y de la difícil bondad de placas de tal tamaño, la buena manipulación en el arte de revelar. Sin embargo, atendiendo á nuestro modo de ver, hallamos que las premiadas con segundo premio, ó sea medalla de plata, pertenecientes á D. Aymard Wissoeq, son de conjunto algo más artístico, especialmente los paisajes. Los terceros premios, medallas de cobre, fueron ganados por los Sres. D. Ricardo Lambarri y D. Sebastián Mabit. En los trabajos de dichos señores hay cualidades superiores de observación. — J. SOLSONA.



En la fiesta del Apóstol. Tipo de Muradana, acuarela de Francisco Pradilla

su delicioso hogar y su trabajo sin descanso: Pradilla trabaja en tarea de azacán catorce horas diarias. Y de su estudio salen hoy mensualmente preciosos cuadros, creaciones divinas, paisajes llenos de poesía, de ciencia, de ilustración, que adquieren los emperadores del dinero, los reyes del gusto, que, como supondréis, muy pocos—por desgracia—son paisanos nuestros...

MANUEL CARRETERO.

LA GOLONDRINA

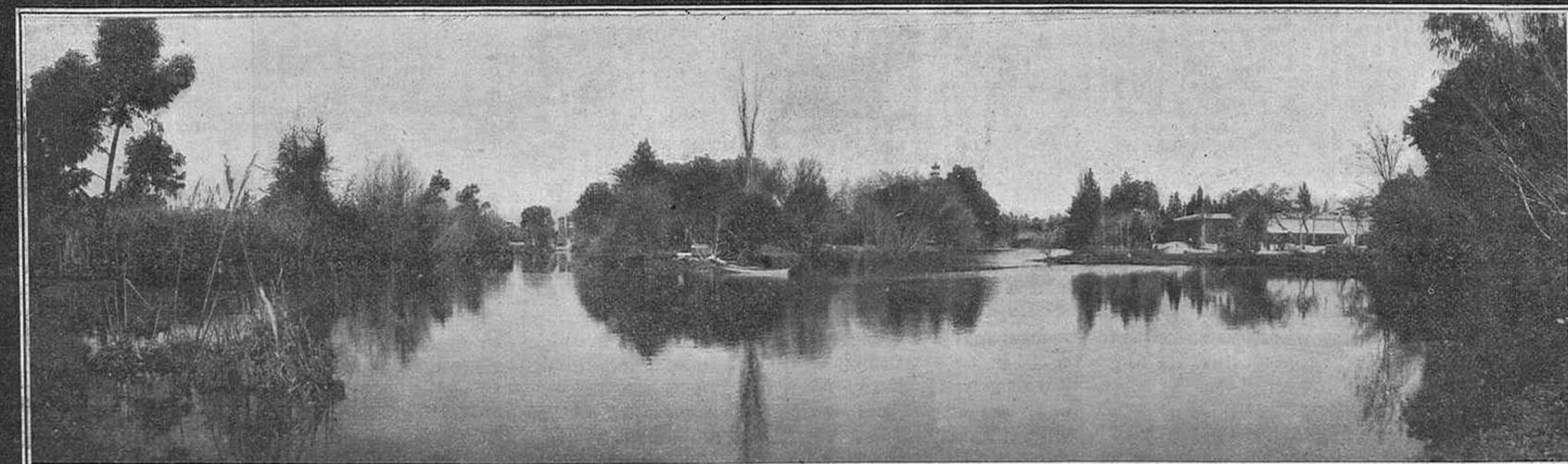
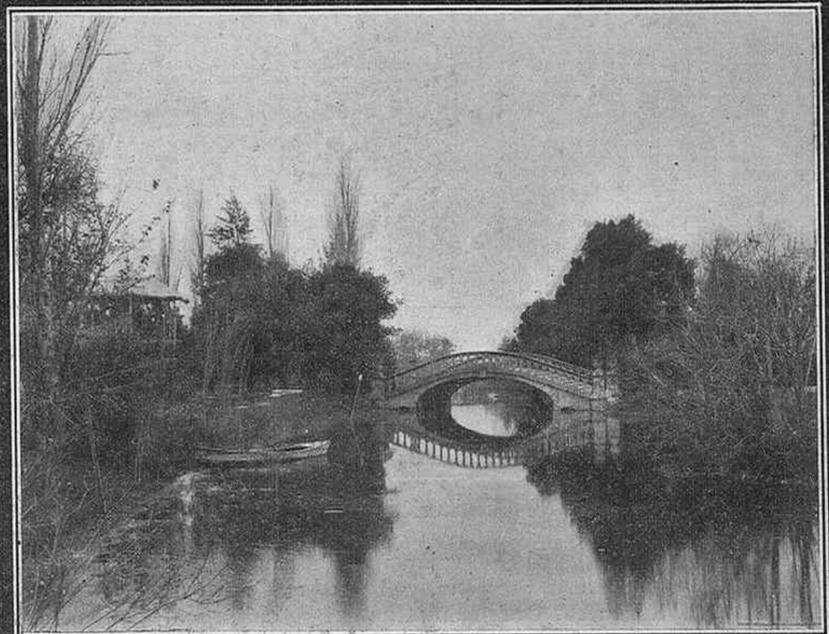
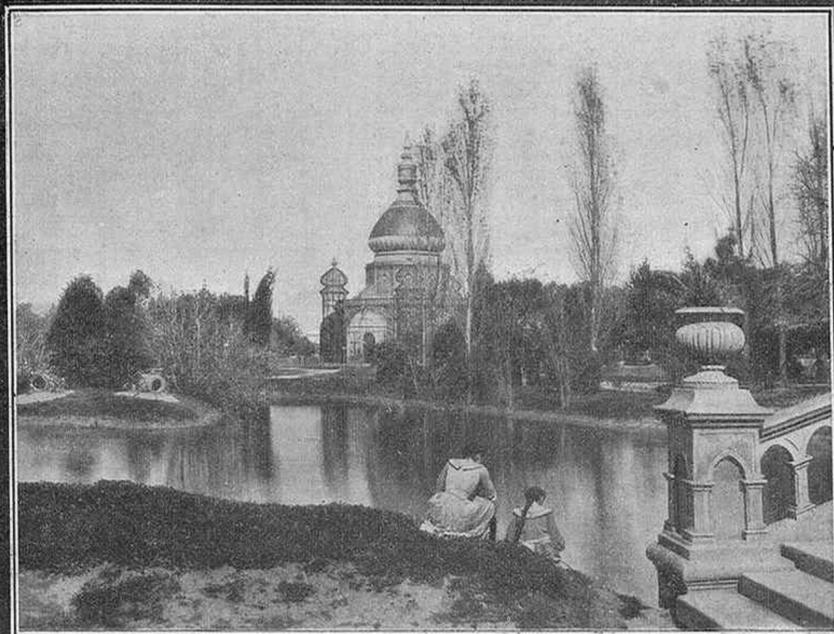
(FRAGMENTOS DE DOS CARTAS)

Villa-peñascos, 12 de julio.

«Voy á contarte mi sueño, Carmen. Soñé esta noche pasada que tú y yo éramos dos golondrinas nacidas en dos nidos, colgados el uno al lado del otro en el alar de un mismo tejado. Yo, cuando ya iba echando las últimas plumas de las alas, no pensaba más que en lo feliz que sería el día que fuese bastante fuerte para poder volar á tu lado, cazar para ti, y formar, con barro y con pajitas, otro nido, que tú hicieras luego cómodo y blando con tus plumillas y calentaras con tu cuerpo y alegraras con tus trinos. Por fin vi logrados mis deseos: ya era fuerte, ya era mía, y ya había yo construido, contigo y para ti, al

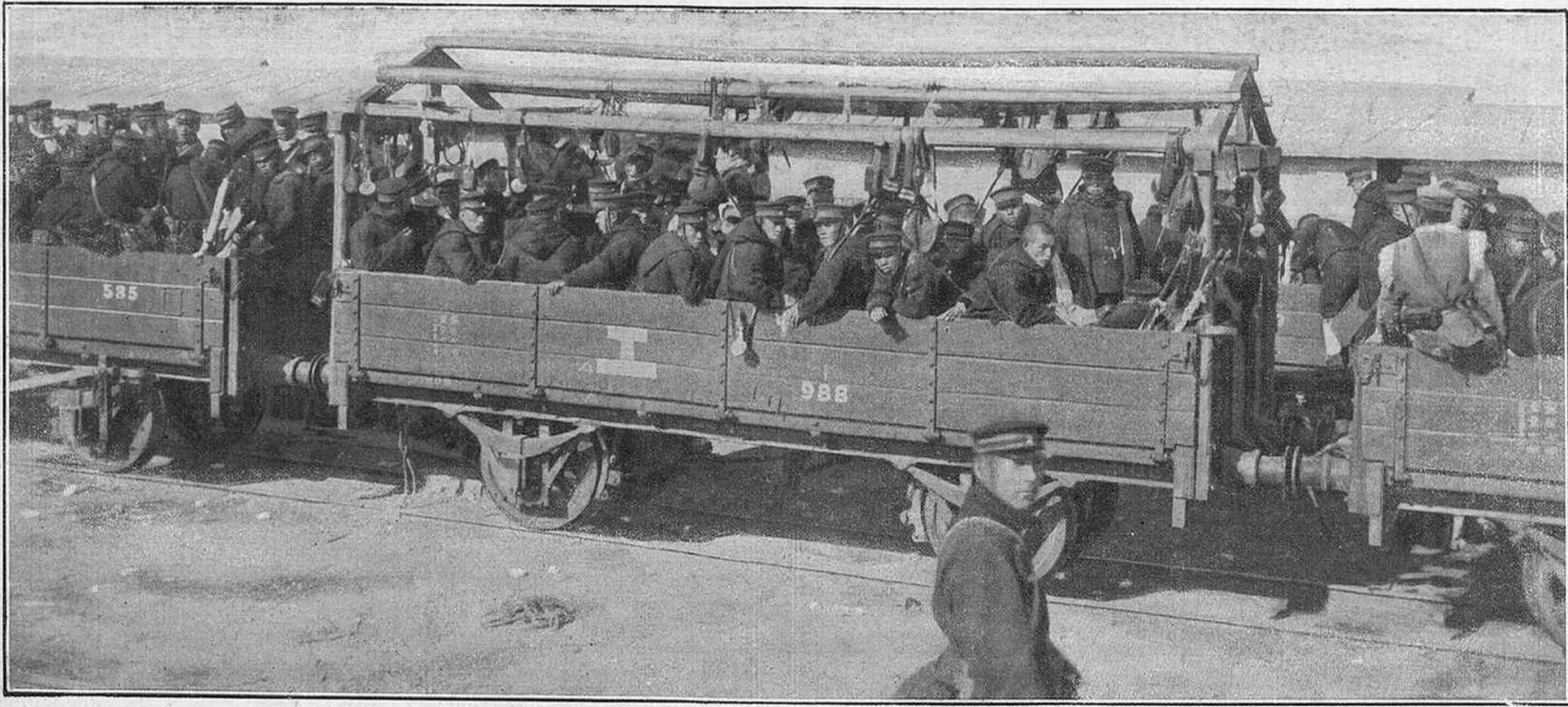
REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

CONCURSO FOTOGRAFICO ORGANIZADO POR EL SR. INTENDENTE MUNICIPAL D. ALBERTO CASARES, SOBRE ASUNTOS Y PAISAJES DEL JARDÍN ZOOLOGICO



1 y 6. FOTOGRAFÍAS DE J. AYMARD WISSOCQ (segundo premio, medalla de plata). — 2 y 3. FOTOGRAFÍAS DE VICENTE BIAGINI (primer premio, medalla de oro).
4 y 5. FOTOGRAFÍAS DE RICARDO LAMBARRI (tercer premio, medalla de cobre). Remitidas por D. JUSTO SOLSONA

Crónica de la guerra ruso-japonesa



GUERRA RUSO-JAPONESA. — REFUERZOS JAPONESES Á YENTAI EL DÍA 1.º DE NOVIEMBRE DE 1904, DESPUÉS DE LA BATALLA DEL CHA-HO. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

La capitulación de Puerto Arthur ha causado, como era de esperar, sensación extraordinaria. Los acontecimientos desarrollados en los últimos momentos del sitio se sucedieron con rapidez vertiginosa, que contrastó con la lentitud de los anteriores avances de los japoneses.

El día 28 de diciembre ocuparon los japoneses el fuerte Ehrlung; el 31 el fuerte Songshu, y el 1.º de enero toda la línea del fuerte Pang-Long-Chan-H y del fuerte Wantai.

Desde aquel momento, los sitiados debieron comprender la imposibilidad de continuar la resistencia, y el general Stoessel reunió el Consejo supremo de guerra, que acordó parlamentar con el enemigo. Tomado este acuerdo, Stoessel mandó evacuar las posiciones avanzadas, volar los fuertes abandonados y destruir los restos de la escuadra; y al mismo tiempo mandó que los torpederos que aún estuviesen en condiciones de hacerse á la mar salieran del puerto y procuraran ganar la costa china. En virtud de esta última orden, salieron de Puerto Arthur los contratorpederos *Scorny*, *Statny*, *Vlatny*, *Serdiki*, *Smieli* y *Boiki*, el aviso *Orel* y un transporte con 800 heridos y se dirigieron á Che-Fu, adonde llegaron en la tarde del día 2, siendo inmediatamente desarmados.

Poco después, izábase en la ciudad la bandera blanca, y á las cinco de la tarde se presentó en las avanzadas japonesas

del Norte de la plaza un parlamentario ruso, portador de una carta del general Stoessel dirigida al general Nogi y concebida en estos términos:

«A juzgar por el estado general de toda la línea de las posiciones hostiles que ocupáis, considero ya inútil toda resistencia de Puerto Arthur, y á fin de evitar un sacrificio estéril de vidas humanas, propongo abrir negociaciones para la capitulación. En caso de que consintáis en ello, servios nombrar comisionados para discutir el orden y las condiciones de la

capitulación y también para indicar el sitio en donde esos comisionados se encontrarán con los que yo nombraré. Aprovecho esta ocasión para transmitir á Vuestra Excelencia la seguridad de mi respeto.— *Stoessel.*»

Esta carta llegó á las nueve á manos del general Nogi, el cual la contestó en esta forma:

«Tengo el honor de contestar á vuestra comunicación relativa á las negociaciones para fijar las condiciones y el orden de la capitulación. He nombrado como comisionado al mayor general Ijichi, jefe del

torizaciones se cambiarán por los respectivos comisionados. Aprovecho esta ocasión para transmitir á Vuestra Excelencia la seguridad de mi respeto.— *Nogi.*»

Simultáneamente transmitía el general Nogi á Tokio las proposiciones del general Stoessel, recibiendo el día 2 el siguiente telegrama del mariscal Yamagata, jefe del estado mayor general:

«Cuando he puesto respetuosamente en conocimiento de Su Majestad la proposición del general Stoessel, Su Majestad se ha dignado declarar que el general Stoessel ha prestado, en medio de dificultades, laudables servicios á su patria. Su Majestad quiere que se le tributen los honores militares.— *Yamagata.*»

Por su parte, el general Stoessel envió al tsar, en 1.º de enero, pocas horas antes de entablar negociaciones, el siguiente parte, que no podemos resistir al deseo de traducir íntegro porque constituye un documento sublime en su sencillez, conmovedor en su modestia y en su sinceridad:

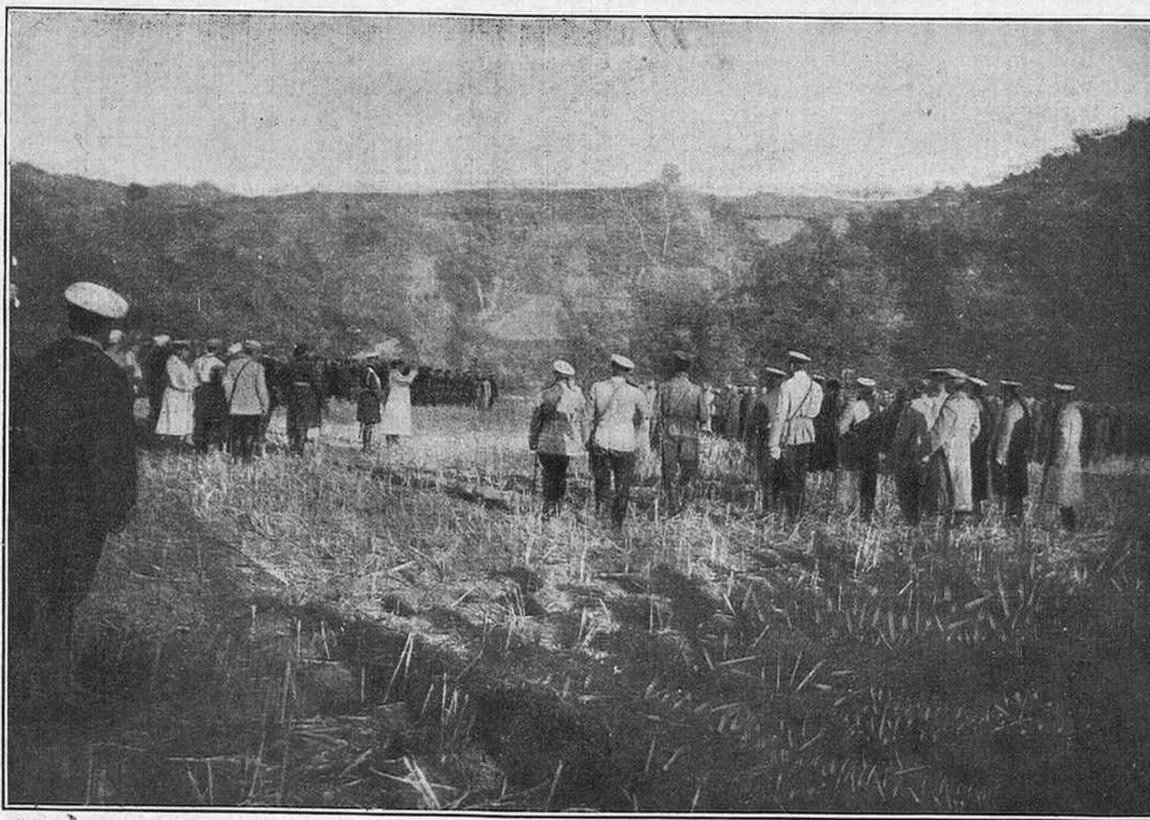
«En la mañana de ayer, los japoneses provocaron una explosión enorme debajo de la fortificación número 3 y comenzaron inmediatamente un bombardeo infernal en toda la línea.

»La pequeña guarnición de aquella obra fortificada pereció en parte bajo los escombros y en parte logró salir.

»Después de dos horas de bombardeo, los japoneses dieron el asalto

contra el muro chino del fuerte número 3 hasta el Nido del Aguila. Dos asaltos fueron rechazados; nuestra artillería de campaña causó muchas bajas á los japoneses, quienes no pudieron sostenerse en el muro chino. Por la noche ordené la retirada á las colinas detrás del muro chino, apoyando el flanco derecho sobre la montaña grande.

»La mayor parte del frente Este está en poder de los japoneses. No podremos aguantarnos mucho tiempo en la nueva posición, y después habremos de



GUERRA RUSO-JAPONESA. — El general Rennenkampf leyendo á sus tropas la proclama de Kuropatkine la víspera de la batalla del Cha-Ho. (De fotografía del «Chicago Daily News.»)

estado mayor de nuestro ejército, quien irá acompañado de algunos oficiales de estado mayor y funcionarios civiles. Estos comisionados se encontrarán con los vuestros el 2 de enero, al mediodía, en Chui-Ching. Los comisionados de las dos partes tendrán poderes para firmar un convenio de capitulación sin esperar la ratificación del mismo y para dar á este convenio un efecto inmediato. La autorización para tales plenos poderes será firmada por el oficial de mayor categoría de las dos partes tratantes y las au-

capitular; pero todo está en manos de Dios. Hemos sufrido grandes pérdidas: dos jefes de regimientos, los coroneles Gandourine y Semenow, han sido heridos; se han portado como héroes. La herida de Gandourine es muy grave. El comandante de la tercera fortificación, el segundo capitán Sere-dow, ha muerto en la explosión.

»Gran soberano, perdónanos: hemos hecho todo lo que era humanamente posible. Júzganos, pero con misericordia. Durante cerca de once meses una lucha no interrumpida ha agotado nuestras fuerzas; sólo una cuarta parte de los defensores, y aun la mitad enfermos, ocupa sin recibir socorro veintisiete verstas de fortaleza sin poder siquiera alternar para un corto descanso. Los hombres son som-bras.»

Trés días antes había expedido un telegrama oficial en el que decía:

«La situación de la fortaleza se va haciendo penosísima. Nuestros principales enemigos son el escorbuto que siega los hombres y las bombas de once pulgadas, contra las cuales no valen obstáculos ni protección.

»Son pocos los que no están atacados de escorbuto: hemos adoptado todas las medidas posibles, pero los enfermos aumentan de un modo considerable.

»No podemos contestar al cañoneo del enemigo, que lanza sobre nosotros proyectiles de 11 pulgadas, á causa de la falta de municiones. El escorbuto ocasiona bajas en los cuadros de oficiales; todo esto debilita diariamente á los defensores.

»Las cifras de las pérdidas de los jefes superiores indican las enormes bajas que hemos tenido.

»De diez generales, han muerto en acción dos, Kondratenko y Tetserpitsky; otro ha fallecido de enfermedad, Ramenatowsky; dos estamos heridos, Nadeine y yo, y el general Garbatowstty tiene varias contusiones.»

Añadía el general Stoessel que de nueve coroneles de infantería, cuatro habían muerto ó estaban heridos; de los dos tenientes coroneles de artillería, uno había muerto; de los ocho comandantes de baterías, uno había muerto y cuatro estaban heridos; que muchas compañías estaban mandadas por alféreces y constaban sólo de 60 hombres, y que en los hospitales había 15.000 enfermos y entraban en ellos diariamente 300.

Por si estos datos no fuesen bastante elocuentes para explicar la capitulación de la plaza, transcribiremos algo de lo que ha referido el capitán Karkow, comandante del contratorpedero *Vlatny*, uno de los que se refugiaron en Tsing-Tao.

«Puerto Arthur sucumbe por agotamiento, no sólo de municiones, sino también de hombres. Los que quedan han hecho obra de héroes; durante cinco días y cinco noches han tocado á los límites de la humana resistencia. En las casamatas de los fuertes no se veían más que rostros demacrados por el hambre, la extenuación y la tensión nerviosa; se les hablaba y no contestaban; caminaban sin decir palabra.

»La falta de municiones no habría sido causa bastante para hacer capitular la plaza; hacía mucho tiempo que aquéllas escaseaban y muchos fuertes no tenían con qué contestar al fuego enemigo. Los rusos estaban sentados en las casamatas y sólo podían disparar un proyectil por 200 que lanzaban los japoneses; y cuando se empeñaba un combate rechazaban al enemigo á la bayoneta; pero como los soldados no recibían, desde hacía tres meses, sino raciones reducidas, estaban tan extenuados que ha sido un milagro que resistieran tanto tiempo. La mayor pérdida para Puerto Arthur fué la muerte reciente del general Kondratenko: oficiales y soldados le consideraban como la estrella más brillante que resplandecía en el

firmamento de Puerto Arthur, y en cuanto se supo su fallecimiento, el efecto fué visible en los soldados.

»Por espacio de varios meses, Puerto Arthur sólo ha podido oponer al adversario bayonetas. Cuando sucumbía un hombre, no había nadie para reempla-

barcos, armas, municiones, caballos, edificios del Estado y todos los objetos pertenecientes al gobierno pasarán á poder del ejército japonés, tales como se encuentren. En caso de juzgarse que las tropas del ejército y de la marina rusos han destruido los objetos antes citados ó alte-

rado de cualquier modo el estado en que se encontraban al firmarse la capitulación, quedarán anuladas las negociaciones y el ejército japonés recobrará su libertad de acción. Las autoridades militares y navales entregarán al ejército japonés un cuadro de las fortificaciones, planos que indiquen los sitios en donde están colocadas las minas subterráneas y submarinas, estados con la composición y los servicios del ejército y de la marina en Puerto Arthur, y listas de los oficiales del ejército y de la armada, de los barcos de guerra y de los mercantes, con los efectivos de sus tripulaciones y de los paisanos.

Los artículos 7.º y 8.º merecen ser copiados íntegros. «El ejército japonés, dice el 7.º, considerando honrosa la valerosa resistencia opuesta por el ejército ruso, permitirá á los oficiales del ejército y de la marina rusos, lo propio que á los funcionarios perte-

necientes á los mismos, conservar sus espadas y los objetos que constituyan una propiedad privada inmediatamente precisos para las necesidades de la vida. Los mencionados oficiales, funcionarios y voluntarios que empenen por escrito su palabra de no tomar las armas y de no obrar en manera alguna contra los intereses del ejército japonés hasta el fin de la guerra, recibirán del ejército japonés permiso para regresar á su país. A cada oficial se le dará un asistente, que será puesto inmediatamente en libertad bajo palabra.» «Los subalternos y soldados del ejército y de la marina, dice el 8.º, así como los voluntarios, vestidos todos con sus uniformes, llevando consigo sus tiendas-abrigos y los objetos personales necesarios, y mandados por sus oficiales respectivos, se reunirán en un sitio designado por el ejército japonés.»

Los demás artículos se refieren á los cuerpos de sanidad y administración, que bajo la dirección de los japoneses habrán de seguir prestando sus servicios durante el tiempo necesario, y al trato que debe otorgarse á los habitantes, etc.

Los japoneses, preciso es reconocerlo, no se han portado con la magnanimidad que merecían los heroicos defensores de la plaza y que hacía esperar el telegrama del mariscal Yamagata antes transcrito. Los honores militares tributados á la guarnición se han limitado á permitir que los oficiales conserven su espada y puedan, bajo palabra de honor, regresar á Rusia. Los soldados de Stoessel eran dignos siquiera de salir de la plaza con todas sus armas, banderas y bagajes.

El día 5, los generales Stoessel y Nogi se reunieron en Chui-Ching y fijaron los detalles que no habían podido incluirse en el acta de la capitulación. En la tarde del mismo día salió de la plaza la guarnición: las tropas japonesas estaban formadas y tributaban los honores militares á los oficiales generales; los prisioneros fueron enviados á sus acantonamientos provisionales.

Así ha terminado la epopeya de Puerto Arthur. El general Stoessel regresará á Rusia, por haber dado su palabra de honor de no tomar parte en la guerra. Su obra admirable quedará como ejemplo sublime de defensa de una plaza sitiada. Con su heroica y prolongada resistencia ha prestado á su patria un servicio inmenso: gracias á ella ha podido Kuro-patkine sostenerse en Mukden y organizar un ejército capaz de oponerse al avance de Oyama sobre Khar-bine, pudiendo afirmarse que si los rusos han conservado la Manchuria débese á que Stoessel ha entretenido en Puerto Arthur durante ocho meses á la cuarta parte del ejército japonés.—R.

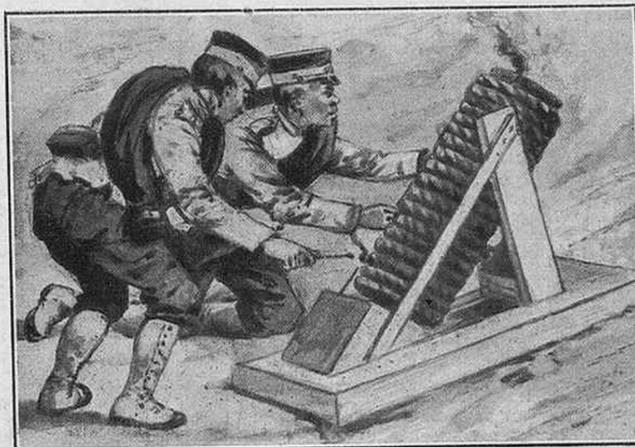


GUERRA RUSO-JAPONESA. — Soldados japoneses del ejército del Cha-Ho con sus trajes de invierno (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

zarlo, y la guarnición se ha ido agotando poco á poco.

»Durante los tres últimos meses, el arroz era el único alimento de que se daba ración entera; en cuanto á los demás, durante dos meses los soldados recibieron únicamente un cuarto de ración, y aun éste fué reducido en un 40 por 100 en el último mes.»

Después de estos relatos, creemos innecesario insistir sobre las causas de la capitulación, que pueden



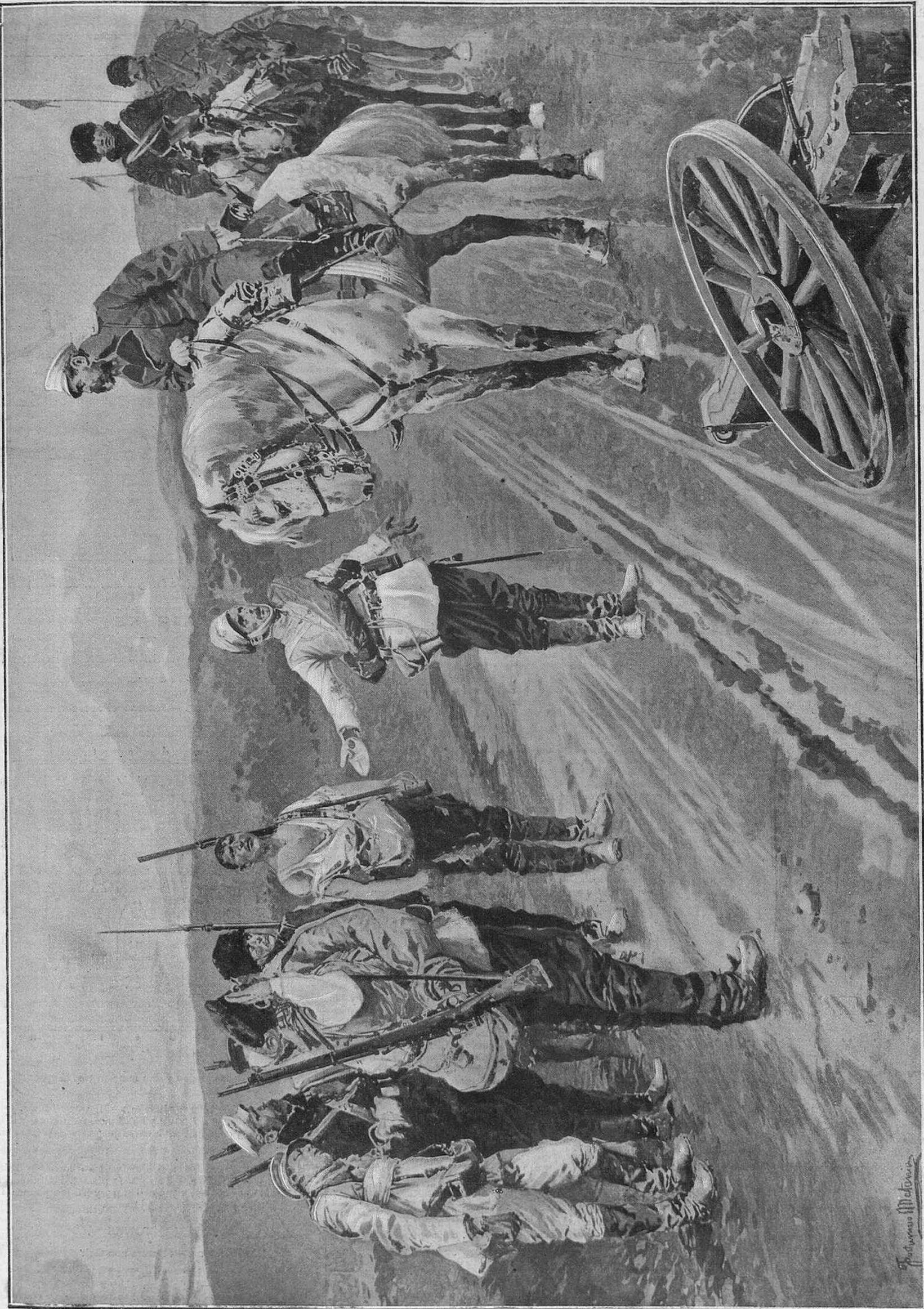
GUERRA RUSO-JAPONESA. — Mortero de madera reforzado con ataduras de bambú. Se carga con una pequeña cantidad de pólvora y con un proyectil algodón pólvora ó de otro explosivo. Estos morteros, usados por los japoneses contra algunos fuertes de Puerto Arthur, pueden ser conducidos por solos dos hombres hasta 40 metros de las trincheras y son de gran utilidad para proteger los asaltos de la infantería. (Dibujo de un corresponsal inglés en Puerto Arthur.)

concretarse á una sola: Puerto Arthur se ha rendido porque no era humanamente posible resistir un día más.

El día 2, al mediodía, los representantes de los ejércitos beligerantes se reunieron en el sitio previamente designado, y á las cuatro y media quedaron convenidas las condiciones de la capitulación, que inmediatamente fueron enviadas á los generales Stoessel y Nogi, quienes las firmaron á las diez de la noche.

En la imposibilidad de reproducirlas íntegras, pues ello exigiría un espacio del que no disponemos, extractaremos las más importantes.

Todos los soldados, marineros ó voluntarios rusos, así como los funcionarios del gobierno en Puerto Arthur, guarnición y fuertes, quedarán prisioneros. Todos los fuertes, baterías, buques de guerra, edificios,



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Episodio ocurrido después de la batalla del Cha-Ho. (Dibujo de F. Matania.)

Después de la famosa batalla del Cha-Ho (8 á 18 de octubre), un general de división ruso encontró en un reconocimiento á un oficial de uno de sus propios regimientos, acompañado de ocho ó diez soldados. — ¿Por qué habéis abandonado vuestro regimiento?, exclamó en tono de censura dirigiéndose al oficial. ¡Id inmediatamente á reuniros con él! — «Mi general, respondió el oficial, que estaba herido... ¿El regimiento? Aquí está todo.» y señaló á los pocos hombres que con él iban

NUESTROS GRABADOS

Lord Mount-Stephen.—El ilustre personaje inglés cuyo retrato publicamos en esta página ha enviado al príncipe

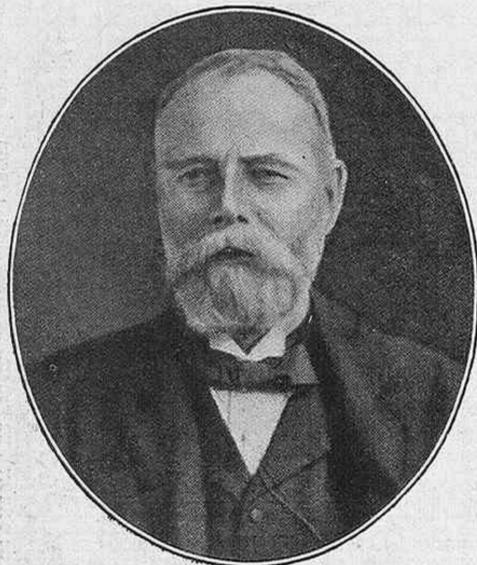
la tarde, brillantísimo aspecto. Ocupaban la presidencia el gobernador civil Excmo. Sr. González Rothwoss, los señores que componen la Junta de gobierno de la Casa, una nutrida comisión de la Diputación provincial, un representante del Ayun-

Necrología.—Ha fallecido: Emilio Schlaginweit, célebre orientalista, autor de importantes obras, entre ellas *El Budismo en el Tíbet* y *Los reyes del Tíbet*.



BARCELONA. — LAS CORTS. — Distribución de juguetes entre los asilados de la Casa de Maternidad y Expósitos con motivo de la fiesta de Reyes. (De fotografía de A. Merletti)

de Gales, como presidente de la Junta del Hospital del Rey, una orden para que se entreguen á dicha Junta 200.000 libras esterlinas en papel argentino, que producen una renta de 11.000 libras esterlinas al año. Lord Mount-Stephen, que nació en 1829, es hijo de Mr. Guillermo Stephen, de Banffshire, y comenzó por pastor. Luego fué dependiente en una tienda de paños y sirvió en un establecimiento en Saint Paul's Churchyard. En 1850 emigró al Canadá, y es hoy uno de sus magnates. Le nombraron baronet en 1886 y par del reino en 1891. Poseedor de grandes riquezas, sus donativos para obras benéficas han sido siempre



LORD MOUNT-STEPHEN, que ha hecho un donativo de 200.000 libras esterlinas, para la fundación del Hospital del Rey, de Londres

regios, y no hace mucho, con su primo lord Strathcona, hizo otra donación al Hospital del Rey, que en la actualidad produce 16.000 libras esterlinas al año.

Distribución de juguetes entre los asilados de la Casa de Maternidad y Expósitos de Barcelona con motivo de la fiesta de Reyes.—Altamente simpática es la fiesta que en los limpios y ventilados pabellones que la Casa de Maternidad y Expósitos posee en Las Cortes de Sarriá (Barcelona) dispone anualmente el día de Reyes la Diputación provincial de Barcelona, coadyuvada por las dignísimas personas que forman la Junta de gobierno de la Casa. Con este motivo se han dado allí cita, como todos los años, las más distinguidas damas de la aristocracia barcelonesa, que así comparten las alegrías como las penas de los pequeñuelos con las Hermanas de la Caridad encargadas de la dirección del establecimiento. El gran salón de la *Casa del Avemaría*, escogido para la celebración de la fiesta, presentaba el citado día, por

tamiento y los médicos del Asilo doctores Zariguiey, Corominas y Girona. Abierto el acto, varios asilados, con la recitación de poesías y de diálogos sentidísimos y con el canto de himnos, demostraron á sus patronos su agradecimiento por los cuidados verdaderamente maternos que les prodigan y por el celo y cariño con que les educan. El presidente de la Diputación don José Espinós, antes de procederse al reparto de los juguetes, hizo resaltar con elocuentes palabras la significación de aquel acto como abrazo de unión entre las distintas clases sociales y tribuló merecidos elogios á las Hermanas de la Caridad, á cuyo desinteresado amor y voluntario sacrificio se debe principalmente la prosperidad del establecimiento. Los asilados, con rostros en que se reflejaba la impaciencia, recibieron á continuación los juguetes que se les repartieron, consistentes, para los niños, en once docenas de caballos de cartón, en ocho docenas de pelotas y en gran abundancia de dulces, y para las niñas, en cuatro docenas de muñecas, en cuatro docenas de pianillos y en gran número de golosinas, demostrando unos y otras su satisfacción con brinco de gozo y voces de alegría, mientras la banda de la Casa provincial de Caridad ejecutaba, situada en el vestíbulo, un escogido programa. La concurrencia, altamente complacida, recorrió, antes de retirarse, todas las dependencias del Asilo, admirando el aseo y el orden que en ellas reinan y de que nos hemos hecho eco en cuantas ocasiones *LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA* se ha ocupado de aquel establecimiento, uno de los que con más orgullo puede vanagloriarse de poseer Barcelona.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BERLÍN. — El fondo para aumentar las colecciones de los museos de bellas artes de Berlín, prescindiendo de los recursos con que cuenta particularmente la Galería Nacional, se eleva anualmente á 400.000 marcos (500.000 pesetas). Además se han concedido créditos extraordinarios para concesiones especiales, aparte de las cuantiosas donaciones de particulares. Para las compras de la Galería Nacional, para el fomento de la pintura y plástica monumentales y para el grabado, hay un fondo especial de 350.000 marcos anuales: de este fondo se han gastado desde 1873 hasta 1899, para la Galería Nacional, 3.129.170 marcos; para el fomento de la plástica y de la pintura monumentales, 4.657.165, y para el grabado, 398.155, ó sea un total de más de ocho millones de marcos.

Espectáculos.—Barcelona. — En el gran teatro del Liceo, después de las representaciones de *Tosca*, de Puccini, en que han hecho prodigios de ejecución la Sra. Carelli y los señores Bassi y Sammarco, se ha vuelto á poner en escena el cuento lírico de Humperdinck *Hensel e Gretel*, con algunas deficiencias en la ejecución por parte de los cantantes, que han perjudicado al éxito franco que siempre había obtenido la obra. Algo mejor ha sido el desempeño de *Mefistofele*, de Boito, encargado al bajo Sr. Didur, secundado á maravilla por los eminentes artistas Sra. Carelli y Sr. Bassi, quienes han cantado también con singular maestría la ópera de Puccini *La Bohème*.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, B^o des Italiens.

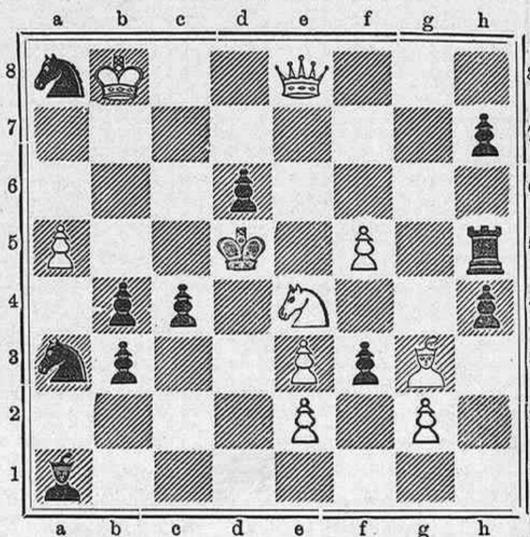
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas (continuación)

ENVÍO N.º 25. — LEMA: «Petere licet?»

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

ENVÍO N.º 26. — LEMA: «Juanita.» — BLANCAS: Ra2, De2, Th8, Ae3, Cc8 y g7, Pe4 y f6 (8 piezas). NEGRAS: Rc5, Cd4, Pd7 (3 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

ENVÍO N.º 27. — LEMA: «Columbus.» — BLANCAS: Rh1, De2, Th5, Aa7, Cd1, Pb2 y g2. (7 piezas). NEGRAS: Rf4, Aa2 y d6, Ch2, Pb3, c5, c7, d4, g3 y h6 (10 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 24. — «Natura non facit saltus.»

- 1. Dh5-e8, Dg2-b2; 2. De8-b5, etc.
- f4-f3; 2. Ce7xf5 jaq., etc.
- Dg2-f2 ó g1; 2. De8-c6, etc.
- Ch6-g8; 2. De8-f7, etc.
- Dg2-c2; 2. Ce7-c8 jaq., etc.
- Otra jug.ª; 2. Ce7-c8 jaq., ó De8-b5 ó c6, etc.

(Se continuará)

SIN ILUSIONES

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANG.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

II

MARGARITA

Unos gritos la arrancaron sobresaltada al pesado sueño de un inmenso cansancio. Pero en seguida se dió cuenta de las cosas habituales y exclamó:



Fué á la ventana y descorrió la cortina

—¡Ah, sí, son los niños!.. ¿Pero qué hora es entonces?.. Todavía es de noche... Van á despertar á Julieta...

Detrás del tabique se oía un choque de batalla, y una voz quejumbrosa acompañaba en sordina á aquel estrépito.

Margarita encendió un fósforo y miró el reloj, pero había olvidado el darle cuerda y la pequeña vida secreta de las horas estaba suspendida. Saltó de la cama y con los pies descalzos sobre la delgada alfombra de flores roídas por el uso, fué á la ventana y descorrió la cortina. No, no era ya de noche, y en aquella mañana de diciembre, bajo el cielo cargado de nieve, la luz era tan pálida, tan débil al deslizarse por los muros para iluminar el triste pozo á que se asemejan los patios interiores de una casa parisiense, que la joven creyó recibir en los hombros y en el corazón todo el frío y toda la miseria del mundo, mientras sus ojos reconocían los detalles acostumbrados de los alrededores.

—La ventana del piso cuarto está abierta... Deben de ser cerca de las ocho... ¡Ya!..

En el pasillo aumentaba el ruido.

—¡Ah! Mamá no sabrá nunca dominarlos.

Margarita abrió la puerta.

—¡Jorge! ¡Cállate! Mamá, encierra á Juan, te lo ruego. ¡Ni unos ni otros pensáis jamás en Julieta!

Se oyeron todavía unos gruñidos y unos llantos... Una puerta se cerró de golpe... Después el silencio.

Con mano temblorosa por la irritación, Margarita estaba levantando y retorciéndose el rubio cabello en una linda lazada sobre la blanca nuca, cuando entró su madre.

Entre aquellas dos mujeres existía una mutua y penosa desconfianza.

La hija guardaba sordo y misterioso rencor á aquella madre sin voluntad, que no había sabido advertir ni proteger en otro tiempo su ignorancia.

La viuda de Avesnes experimentaba un secreto espanto y un asombro perpetuo ante aquella violenta y enigmática criatura que tan poco se le parecía. Además estaba humillada porque no podía menos de reconocer en su hija un desprecio, acaso inconsciente, pero visible, por su debilidad y por sus lamentaciones «tan justas y siempre calificadas de pueriles.»

—Toma, dijo, un telegrama.

—¿De quién es?

—De Isabel (era una prima hermana de la de Avesnes), que te ruega que vayas á almorzar hoy con ellos...

—Pero si voy á las cuatro á dar lección á la pequeña...

—No, Arlette va por la tarde á un baile de niños y quieren que le des la lección á las once...

—¡Ah! Ya comprendo... Una orden... Bueno, está bien...

—¿Irás?

—Naturalmente... Saben muy bien que no tengo mil discípulos y pueden cambiar las horas como se les antoja... Solamente...

—¡Dios mío! Margarita, qué rara eres..., gimió la viuda de Avesnes.

Margarita siguió hablando:

—Solamente, lo que me fastidia es el almuerzo. Parece que estoy oyendo sus frases, que me dan ganas de tirar al alto los platos, aunque no fuera más que para ver qué cara ponía mi excelente tío... El buen señor va á preguntarme otra vez cuántos terrones de azúcar pones por la mañana en el café y...

—¡Cómo exageras!.. ¡Qué singular disposición de pensamiento!

—...Y á recomendarme, por el bien de Julieta— ¡qué solicitud!—que no tengamos demasiado fuego en la casa, pues no hay nada tan malo como el calor artificial ni tan higiénico como una atmósfera fresca... Fresca, el 18 de diciembre, con cuatro grados bajo cero—¡el querido amigo!—y una canastilla única de carbón de piedra para caldear cinco piezas... Parece que le estoy viendo decir esto, apoyado en la chimenea, en la que arde un bosque de leña, é interrumpiéndose para preguntar al criado si tiene bastante presión el calorífero y si están bien abiertas todas las bocas...

—Pero, hija mía...

—Sí, ya sé, convenido... Sin ellos no comeríamos y nos hubiéramos helado hace mucho tiempo debajo de los puentes... Ya lo sé, pero ¿qué quieres?; la idea de ver y de oír al señor Daurelle, banquero y pariente y bienhechor nuestro por añadidura, me es insostenible...

—Pero si ni siquiera le verás... Ya sabes que tu tío almuerza siempre en el despacho...

—Es verdad, pero no importa, alguna otra cosa habrá... Después de todo me es igual... Voy á ver á Julieta. ¿Cómo está?..

Sin esperar respuesta, la joven salió, envuelta en un peinador de lana roja, y el doble reflejo de su belleza ardiente y fresca y de aquel color regio difundía un brillo singular en el estrecho departamento, lleno de señales de una estrechez incesante entre las huellas de un lujo ya lejano.

Atravesando el comedor, donde dos niños de siete á nueve años estaban jugando en el suelo con diversos objetos, ninguno de los cuales era para jugar, la joven entró en el cuarto de su madre.

En la parte más clara de la pieza, cerca de la ventana que servía de marco á un gran pedazo de cielo, llamado por la pequeña «mi cielo», estaba colocada aquella estrecha y blanca cama de niña, donde se había refugiado todo el sufrimiento humano imaginable, con ligeros intervalos de un reposo que la ciencia no sabía explicar, como no explicaba el dolor. Y aun entonces se realizaba la tortura de una inmovilidad absoluta, pesada y espantosa, como si aquel cuerpecito, tan demacrado que su línea no aparecía debajo de la manta, estuviese ya muerto.

Toda la vida de aquella niña estaba en la cara, pero era una vida prodigiosa, vida de un alma excesiva en unos ojos extraordinarios, y de una sonrisa de la carne muerta refugiada en las facciones. Aquella cara, en la que á veces la ola del sufrimiento, rodando de la frente á los labios, ponía una máscara de martirio, obtenía la gracia más adorable de una movilidad milagrosa. Una sola expresión no pasaba por ella casi nunca: la de la paz. Hasta en sus cortas horas de sueño se adivinaba una tensión inte-

rior en el juego de las finas y bien dibujadas cejas. El cutis parecía vacío de sangre, y era tan singular su blancura que la palabra «pálido» ya no le convenía. El cabello, algo corto y de un rubio fluido é indefinible, producía la extraña impresión de estar animado de una vida independiente é inmaterial, pues no se dividía nunca en mechones y flotaba como esas tenues fibras que ondulan en primavera entre las ramas verdes, poniendo en aquella frente la dulce y palpable caricia de un nimbo de luz.

Cuando Margarita estaba delante de aquel ser, sentía una especie de vergüenza al encontrarse viviente y ágil, sólida en todos sus miembros robustos y finos y en plena libertad de movimientos.

—¿Has dormido bien, monina mía?

Y se inclinó sobre la cama para envolver con sus manos y con sus besos aquella cabecita.

—Sí, sí, muy bien... Estoy mucho mejor, ¿sabes?

Cuando entras me parece que eres una reina, con tu traje encarnado... Me gusta ese traje..., estás brillante con él é iluminas todo el cuarto como con un hermoso fuego...

—¡Pobre querida mía!

—¿Tienes frío? He sentido en la cara que tienes las manos heladas... ¡Qué feo y qué triste es el invierno! ¡Y qué largo!

Margarita pensó que todo debía ser largo y todas las estaciones iguales para la pobre niña, postrada en la cama hacía dos años, y sintió ese movimiento de rabia impotente que era en ella la forma de la pena. Se sonrió, sin embargo, porque la sonrisa de Julieta era contagiosa.

—Voy á estar fuera de casa todo el día, dijo; no dejes que te molesten los muchachos...

—Yo soy la que los molestaré á ellos... Tengo en la cabeza unas historias muy bonitas, muy bonitas, que he soñado... Parecen esas cosas que una piensa cuando ve á las nubes cubrir la luna... Se las contaré... y á ti también, para que me hagas dibujos para ellas... Dime, ¿crees que cuando me cure habré olvidado el dibujo que me enseñaste antes de estar mala? ¿Crees que podré pronto mover un poco las



El hecho de abrir el portamonedas y de contar su dinero...

manos? Si pudiera servirme sólo de dos ó tres dedos, creo que podría tener el lápiz... ¿Quieres sacarme los brazos fuera de la ropa para verme las manos?.. Gracias...

Y la enferma inclinó la cabeza, único movimiento que podía hacer estando echada boca arriba, para mirarse las manos rígidas y muertas sobre la sábana, como dos objetos inertes.

Julietta hablaba siempre mucho y decía cosas profundas y claras como sus ojos. Había inducido a su madre a contarle los apuros diarios de la casa y la aconsejaba á veces muy razonablemente. Otras veces se hacía más niña que sus hermanos y reía más fuertes que ellos. Excepto en los días de dolor agudo, era raro que estuviera callada.

Sin embargo, algunas veces resultaba extraña y como ajena á todo. ¿Sería que su vida anormal era un obstáculo entre ella y la comprensión tierna y vigilante de los que la rodeaban?

Margarita sintió esa impresión aquel día más particularmente. El calor de su corazón para aquella niña y las zalamerías deliciosas de la enfermita para con ella, no lograban aproximarse y, antes al contrario, parecían acentuar entre ellas un singular vacío.

Este fenómeno, por otra parte, no era sensible más que para Margarita.

¡La joven se sentía tan *dijerente* y era para ella motivo de tanto asombro el ver *aceptar* el dolor con una sencillez tan absoluta!

En esto pensaba poco después al bajar la escalera, tan oscura, que en el primer piso tuvo que agarrarse al pasamanos para no perder los escalones.

Al llegar al piso bajo recibió como un bofetón la corriente de aire encajonada en el portal, y se estreñeció de pies á cabeza como si se apoderase de nuevo de su cuerpo y de su alma una amargura glacial. El frío del aire le pinchaba el cutis, mientras le oprimía el corazón un sentimiento desesperado, vago y enorme á la vez, de todas las miserias de su vida diaria.

Y todo en la calle, á su alrededor, avivaba su desanimación, porque todo revelaba la lucha cotidiana, resignada ó terrible, más lúgubre en la dura estación que asesina...

Al pasar por un almacén de calzado barato, pensó que sus zapatillas estaban destrozadas y que tenía que comprarse otras..., pero no tenía dinero hasta fin de mes... Y ese mes de diciembre era duro y difícil de pasar, con sus gastos, con sus fiestas, con sus regalos y con sus propinas. Un poco más lejos se vió por completo en el espejo de una tienda; pero la imagen de su forma elegante, ajustada en un sencillo traje azul marino ensanchado en los hombros con una mantaleta de Mongolia, y el brillo de su cara entre la toca oscura adornada con un pájaro y el alto cuello en el que sus orejas, rodeadas de ricitos rubios, parecían dos joyas de carne color de rosa, no le produjeron el placer que otras veces la embargaba al observar hasta qué punto poseía el lujo de la belleza.

Esta vez la vista de su imagen le hizo sentir con más fuerza sus innumerables privaciones. La pobreza de sus humildes pieles de imitación hizo resaltar más y más el mal estado de la falda, cuyos pesados y recientes arreglos vinieron á su memoria.

Llegada al boulevard Saint-Germain anduvo durante unos minutos esperando el tranvía. Todos los hombres la miraban al pasar y después se volvían, y esta circunstancia que algunas veces la divertía, entonces la ponía nerviosa.

En un reloj vió que eran las diez y cuarto. Necesitaba cuarenta minutos para llegar á casa de los Daurelle, en la avenida de Messina, cerca del parque Monceau, pues tenía que tomar una correspondencia en la calle de Bellechasse y necesitaría esperar. Margarita sintió cierta inquietud pensando en las palabras que la acogerían, si llegaba tarde, elogiando la exactitud y las conveniencias de levantarse temprano...

¿Podría jamás acostumbrarse á las observaciones de los extraños ni á la intervención en sus actos?.. Su garganta se oprimió con un sentimiento de rebelión y de angustia, y su mente se llenó de palabras de cólera, mientras se sentía poseída de espanto..., sí, de espanto, al ver que esa rebelión se aumentaba en ella con el tiempo y que los choques y los rozamientos de la vida le eran cada vez más crueles.

Recordaba que siendo feliz y mimada, era su carácter dulce y alegre, lo que probaba su instinto natural, y que aun después de los dramas de su vida, había sufrido con más sumisión y con más indiferencia las mezquindades y las humillaciones diarias.

¿Por qué no era ya lo mismo? ¿De qué le servían aquellos accesos de rabia, hipócrita ó ruidosa, de fiera enjaulada?

Absorta en tales ideas, por poco deja escapar el tranvía. Tuvo que correr detrás de él, y cuando le alcanzó, el hecho de abrir el portamonedas y de contar su dinero le hizo caer en otras reflexiones.

Un rápido cálculo mental le recordó sus recursos actuales y las sumas que podría cobrar antes del 1.º de enero. Tenía cinco discípulas, contando á su prima, la pequeña Arlette Daurelle.

Esta última tomaba las lecciones muy irregularmente, y su madre, mujer práctica, las pagaba una por una. No tendría, pues, por ese lado más que unos veinticinco francos.

En casa de los Harvey, para las dos hermanas, había aceptado el precio ridículo de treinta francos al mes. «¡Qué pequeñas idiotas!, exclamó con irritación al recordar aquellas lecciones; no entienden ni una palabra de pintura y todo lo que llegarán á hacer será *copiar* con limpieza un dibujo... Pero sus padres quieren que sepan hacer un paisaje... ¡Es tan agradable en el campo! ¡Oh, estúpidos!..»

Pero de repente se apaciguó pensando en su favorita, Lina Morel; una linda é inteligente criatura, hija única de un músico conocido. De su madre no se hablaba nunca.

Lina vivía en una independencia de mujer casada y rica, y á Margarita le gustaban más de lo que quería confesar las horas que pasaba en aquel hotelito del boulevard Pereire, morada oscura y suntuosa, en la que los vidrios de colores de todas las ventanas daban una sombra de misterio á los *bibelots* y á los bronceos, y que tenía aspecto de capilla desde el vestíbulo, donde ardía noche y día una lámpara pompeyana, hasta el estudio del tercer piso, en el que estaban siempre corridas unas persianas azules y verdes.

Allí, Margarita era remunerada dignamente y Lina la trataba casi como amiga y con toda la intimidad que podía dar á sus relaciones aquella extraña muchacha, á la vez altiva y bohemia, y en la que nunca se sabía si la jovialidad habitual venía de un alma joven y dichosa ó de una amarga filosofía de broma burlona. Después de diez y ocho meses de entrevistas bisemanales, Margarita no había descifrado aún aquella naturaleza. Una vez la creía buena y sencilla por ciertos rasgos de generosidad relativos á Julieta; y otras descubría en ellos aspectos asombrosos de inconsciencia.

De todos modos, Margarita pensaba siempre en Lina Morel y en su vida un poco enigmática con ardiente y cariñosa curiosidad.

Allí, pues, terminaron sus cuentas, sin añadir el producto de los dichosos «objetos de fantasía» de que hablaba la noche anterior con tan exasperado horror. Fueron precisos los vaivenes penosos del ómnibus *Panteón-Courcelles*, al subir á paso de caracol la avenida de Messine, para sacarla de sus sueños, que la distraían y la calmaban.

Llegaba... y su corazón se crispó al volver á la realidad, mientras la joven se preguntaba una vez más qué sabía Lina de su dramática boda, pues ni la una ni la otra habían aludido nunca á esos sucesos. Le parecía que aquella joven sabría comprender el oscuro universo que ella llevaba en sí misma desde la hora breve y trágica en que pasó del descuido ignorante á la más pesada carga de pruebas, teniendo entre su existencia de niña y su viudez tres días solamente de una experiencia inacabada y oscura, como un abismo...

III

ILUSIONES

Al subir Pedro la escalera oyó arriba dos voces animadas que conoció en seguida. En el umbral de su casa estaba Raimundo hablando con Margarita, y los dos prorrumpieron, al verle, en exclamaciones de niños bulliciosos.

—¡Ahí está!

—Oye, oye...

—¡Si usted supiera! Pero tengo que marcharme..., son las siete...

Y al decir esto, Margarita entró en la casa y cerró la puerta dando una alegre carcajada.

—Bueno..., ¿qué pasa?, preguntó Pedro.

—¡Oh! ¡Estoy tan contenta! ¿Sabe usted, los cuentos de Raimundo?.. ¡Están aceptados! No me extraña, porque son deliciosos; pero, en fin, se dicen tales horrores de los comienzos en la carrera literaria, que había que temerle todo. Pues bien, no; la cosa ha sido sencilla... Los llevó hace tres semanas y ya está hecho.

—Ya está hecho, repitió Pedro con su buena sonrisa. Vaya, Raimundo, me alegro...

—Ya puede usted decir que es un ángel ese director...

—Lo digo.

—La verdad es que los que se quejan lo hacen por despecho, pues los han rechazado por no encontrarlos talento... La prueba de que ese director es

hombre inteligente, concienzudo y sincero para apreciar el valor de los jóvenes desconocidos, es que ha recibido el trabajo de Raimundo... Ya lo ve usted.

—Sí, ya lo veo... Pero, amigueta, si lo hubiera rechazado, hubiera usted dicho á voces que no entendía una palabra y que...

—¿Quiere usted callarse? ¡Oh! ¡Qué mala persona! ¿Verdad, Raimundo, que es malo?

—Muy malo.

Pedro miró riendo á aquella Margarita transformada y tan deslumbradora de alegría y de juventud, que parecía imposible que tal criatura hubiera sufrido ó pudiera sufrir.

—¿Y usted?, preguntó Pedro, ¿qué hay de nuevo?

—¡Grandes proyectos!.. Ya sabe usted que hace ocho días, el 2 de enero, almorcé con Lina Morel...

—Sí, sí, y á propósito, ¿qué tal le fué á usted? ¿Estaba allí el padre de Lina?

—No..., y en cuanto estuvimos solas, Lina me preguntó de repente por qué no exponía..., por qué no trabajaba para mí... ¡Si viera usted el efecto que me hizo el oírlo!.. ¡Yo exponer, hacer una cosa interesante... y artística!.. ¡Como si eso fuera posible, con esta vida embrutecedora!.. Respondí sin reflexionar que no tenía tiempo... Lina no dijo nada, y hete aquí que anteayer noche recibo una esquelita suya diciéndome si quería cambiar las lecciones en sesiones de pintura, que se le había puesto en la cabeza hacerse retratar por mí, que le había gustado mucho el retrato que he hecho de Julieta y que ha visto en mi casa, y qué sé yo cuántas cosas más... En fin, desde que recibí esa carta, no vivo, estoy como borracha y al mismo tiempo no me atrevo y deseo con locura emprender mi obra... Tengo un miedo espantoso de no hacerlo bien y al mismo tiempo—van ustedes á burlarse de mí—veo ya mi cuadro acabado, enviado al Salón, recibido, colocado... ¡Ah! ¿Qué debo hacer?

Todos los espejismos del porvenir flotaban en sus pupilas puras y profundas, y el flujo rosado de una vida exuberante invadía sus mejillas. En el febril ardor de sus palabras, se había arrancado el boa, el sombrero y los guantes, y Raimundo, á su lado, teniendo en la cara una expresión que Pedro no le veía con frecuencia, había cogido una mano de la joven y le decía ardentemente:

—¡Oh, sí, hay que aceptar!.. Lo hará usted magníficamente... ¿Verdad, Pedro?

—Es probable, respondió el mayor con calma, mientras presentaba alternativamente al fuego las dos botas, que humeaban al calor.

Raimundo continuó:

—Es amable esa Lina Morel. Le dijo usted que no tenía tiempo, y vea qué bien ha arreglado las cosas. ¿Dice usted que es bonita? Pues con el talento que usted tiene—lo ha dicho Charvey al ver aquí sus estudios—puede usted hacer algo sorprendente. ¿No es verdad, Pedro? ¿Qué piensas tú?

—Pienso lo mismo...

Y el mayor hizo un esfuerzo para añadir á esas tres palabras la frase decisiva y animada que se esperaba de él y que debía exaltar todavía más aquella linda fiebre de ilusiones. Pero no supo decir nada, porque de repente y sin saber por qué, se apoderó de él una extraña y salvaje tristeza. Y mientras aquel niño delicado y aquella mujer vibrante de vida apasionada continuaban su diálogo delicioso, en el que pasaban las esperanzas como un rumor de alas, Pedro se encontró de repente aislado y extraño á todo.

Los veía como se ve á través de la bruma del dolor y de las lágrimas á los seres queridos que se alejan para emprender una vida nueva con desconocidos que lo serán todo para ellos y seguirán siendo desconocidos para nosotros... Le oprimía un sentimiento parecido á la angustia misteriosa de las despedidas... Su pequeño Raimundo, al que había podido conservar largo tiempo, gracias á su debilidad y á su indiferente inconsciencia, adquiría una independencia repentina por aquel pequeño éxito...

Margarita, cuya belleza impetuosa y exaltada le tenía en perpetuo encanto, se iba también al país de su deseo, y los dos se formaban una morada ideal en la que vivirían lo mejor de una doble vida, fuera del esfuerzo cotidiano; una morada «en las estrellas» que su vivaz voluntad y su potencia soñadora convertirían acaso en real algún día...

Y Pedro observó que después de haber esperado un minuto su adhesión á su alegría, los dos jóvenes iban ya lejos, muy lejos, por el camino del porvenir, sin volver siquiera la cabeza hacia él, que se quedaba rezagado, tan tranquilo...

* * *

En el estudio de Lina Morel, las persianas azules y verdes estaban levantadas y descubrían completamente los cristales del techo. En el ángulo de la

pared de cristal cuajado, una gran ventana abierta prolongaba el estudio por un terrado que la joven había convertido en jardín aéreo. Aquella ventana servía de marco á una gran cortina de cielo claro que enviaba un aliento de primavera en aquella tarde suave y dorada de un clemente febrero. La luz caía como una caricia sobre las cosas y una vida encantadora animaba á los esmaltes y á los bronce. Grandes ramos de lilas, puestos en viejos jarrones de Delft, palpitaban al aire ligero que entraba por la ventana. Del teclado abierto de un piano parecía exhalarse el alma del reposo y recogerse entre los libros y las flores bajo la sonrisa muda de los lienzos y de las esculturas donde dormía con un sueño inocente el mágico misterio de los colores y las líneas.

Margarita, con los labios muy apretados y un delicioso gesto de niño aplicado, estaba pintando, y su sentido artístico se estremecía de júbilo al admirar en plena luz la belleza variada y deliciosa de su modelo, aquella cabecita de facciones de estatua antigua, en la que la triple llama de una abundante cabellera de oro sombrío, de unos ojos ondulados como el agua y de una boca admirable ponía como un estremecimiento de vida soberbia, profunda é incesantemente diversa.

Pero, de repente, el modelo rompió la línea de su posición académica al levantar y estirar los brazos con un movimiento de pereza que hizo deslizarse las anchas mangas de una blusa de terciopelo verde.

—¿Cómo podemos estar quietas tanto tiempo?..

Margarita se sonrió, dejó los pinceles, se levantó un poco rígida, también de cansancio, y mientras se lavaba las manos en una palangana en la que vertía el agua un delfín de plata de curioso trabajo, Lina sacó de un armario unos frascos de vino de España y unas pastas. Y en la frágil mesita, los platos de Sajonia, los vasos de Venecia y las copas de plata afligranada formaron una graciosa ilusión de comidita de muñecas. En medio de todas esas cosas, Margarita, invadida de una soñolencia de bienestar y con el dejo de fina embriaguez de aquellas buenas horas de un trabajo querido, en un decorado perfecto, recordó los tiempos, ya lejanos, en que también ella podía crear y realizar lujosas fantasías, y vió en seguida su casa actual, con la enfermita á quien sólo era posible dar lo necesario, y jamás, jamás, ninguno de esos refinamientos encantadores que distraen los ojos y calman la imaginación.

Un suspiro rápido y profundo pasó de su corazón á su garganta como una queja inconsciente; pero, casi en seguida, la joven dirigió una sonrisa á Lina, que estaba enfrente de ella.

Después de un corto silencio, ésta dijo:

—Hábleme usted de sus amigos, ya sabe usted, de esos que tienen un apellido que parece un estornudo... ¿Qué es de ellos?

—¿Los Etcharre?
—Sí..., y además no debe usted de tener un ejército de amigos, estoy segura...
—No, es verdad, no tengo más que á ellos y á usted, dijo Margarita amablemente y con voz tierna.
—¡Ah! Es muy agradable el decirme que soy una

las multitudes, al combate, á la gloria..., dijo con una expresión y un gesto de muchacho travieso. ¡Pero qué locas somos! Nos hacemos preguntas y no nos respondemos. Dígame usted, ¿cuándo se publican los cuentos de su grande hombre en ciernes?

—No lo sabe todavía, respondió la buena artista.

Y Margarita, más dominada por el sentimiento de las preocupaciones de Raimundo que de las suyas propias, dijo las penas del principiante, sus desalientos y sus recaídas inevitables en la vida diaria del que busca...

Estuvo elocuente y conmovedora al pintar las esperanzas, las emociones y los desencantos del joven en sus idas y venidas á los periódicos y á las revistas. Tuvo frases de expansiva fiebre al describir sus regresos alegres y llenos de fe dichosa en los días de buena suerte..., y las noches pesadas de desencanto en las que, al volver, parecía arrastrar en su corazón toda la miseria de la lucha feroz que anima á París y traer en los pies todo el barro pegajoso de sus calles.

Margarita hablaba, hablaba, y sus palabras evocaban también las horas de trabajo en las que le había visto agitarse contra la inercia del pensamiento, cansado de penas, y librar la batalla, hermosa, pero ardua, á las palabras que encierran la idea de un rasgo neto como un dibujo.

Lina la escuchaba, con sus admirables manos apoyadas en las rodillas y destacándose sobre el terciopelo del traje, mientras los párpados casi cerrados parecían querer cubrirla como con un velo misterioso.

La sombra descendía del cielo por los cristales y las dos jóvenes sintieron al mismo tiempo un escalofrío al percibir el aliento helado de la noche.

Margarita se calló, un poco fatigada, y Lina entonces se acercó á ella y le dió un beso.

—¡Qué hermoso es el entusiasmarse así!

Cerró después la ventana, colocó en su sitio la mesita de la merienda y dijo:

—¿Y el otro, Pedro?.. ¿En qué se ocupa mientras tanto?

—¿Pedro?.. Ese hace una vida muy tranquila... Su oficina, sus barcos...

Y vuelta á la realidad, Margarita exclamó:

—¡Se hace tarde y hemos trabajado muy poco!.. Lina cogió una lámpara y la levantó delante del retrato.

Estaba en él sentada, visible hasta las rodillas y no tenía ni libro, ni flor, ni accesorio alguno que distrajesen la atención de aquella mujer colocada en una postura natural.

Para el que conocía á Lina era intensamente *ella* y su actitud habitual de inmovilidad pensativa, familiar hasta con aquel traje de terciopelo obscuro y flexible, de un verde profundo, de anchas mangas y con el cuello algo escotado que dejaba ver un lindo cutis mate y luminoso como lleno de sol.

(Continuará)



Lina sacó de un armario unos frascos de vino de España y unas pastas

amiga; solamente que eso no es cierto, no, señora mía, porque estoy segura de que no es usted conmigo como con Pedro y Raimundo... A ellos se lo dice usted todo y á mí nada...

Y aquella linda cara de esfinge se inclinó hacia la fisonomía infantil de Margarita con una expresión casi triste.

—¡Así, así es como debía usted mirar en el retrato!, exclamó Margarita.

Lina se echó hacia atrás.

—Ya tenemos aquí la artista... ¿Qué mirada tengo en este momento?

—La de su alma de usted..., me parece, dijo Margarita casi involuntariamente.

Y se calló un poco inquieta, porque creyó haber desagradado á la joven que tan celosamente parecía guardar siempre el secreto de sí misma.

Pero Lina respondió:

—¡Mi alma! ¿Cómo cree usted que es mi alma, pregunto yo? ¿Por qué he de exhibirla á la vista del público? ¡Figúrese usted! Nosotras nos dirigimos á

LA AMETRALLADORA BERGMANN

Todas las naciones, cual más, cual menos, se preocupan de dotar á la infantería y aun á la caballería de ametralladoras susceptibles de aumentar, en un momento y en un punto dados, la intensidad del fuego en proporciones considerables. El fusil es un



Fig. 1. - Posición de transporte

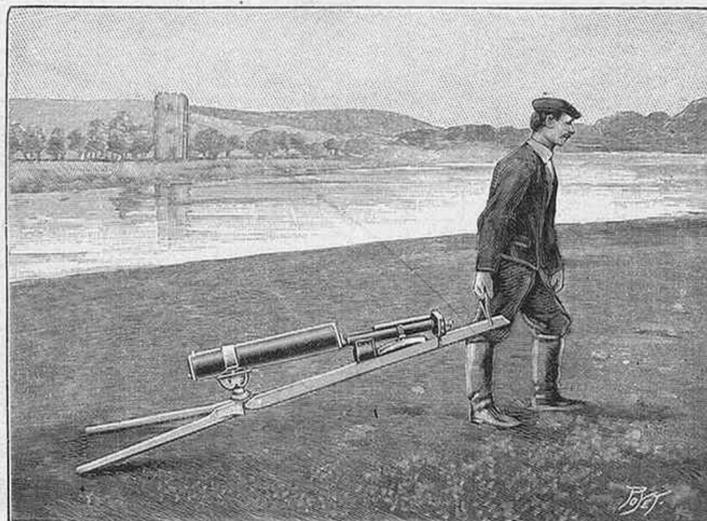


Fig. 2. - Posición de transporte

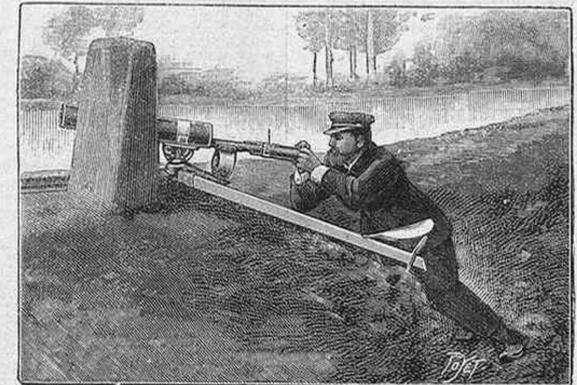


Fig. 3. - Posición de tiro

arma maravillosa y la rapidez del tiro permite, es cierto, cubrir una posición con una granizada de balas en un tiempo muy corto; sin embargo, su efecto, que es la resultante de demasiadas voluntades individuales, no puede nunca ser el mismo que el de una máquina única, que obedezca á un solo impulso y que lance una lluvia homogénea de proyectiles sobre una zona exactamente limitada y con regularidad perfecta. Un instrumento de esta clase es una verdadera segadora que derriba todo lo que no está protegido por los accidentes del terreno: los ingleses hicieron frecuente uso de él durante la guerra del Transvaal; los alemanes se proveen de fusiles-máquinas que no tienen otro objeto que el citado, y los beligerantes de la Mandchuria sienten tal vez no disponer de tan útiles armas. En Francia se ocupan de esta cuestión sin darle una solución definitiva, en lo que quizás no se obra muy cuerdate: todavía subsiste allí la impresión de los malos resultados obtenidos en 1870, á pesar de que estos malos resultados puedan explicarse por otras causas que por fracaso táctico de esta nueva arma: tratábase, en efecto, de un primer modelo con numerosas imperfecciones y rodeado de tal misterio que nadie sabía servirse de ella. Todavía en la actualidad sacrificamos demasiado la conveniencia al temor de multiplicar excesivamente la variedad de las armas de servicio, y la superioridad de nuestra artillería de campaña nos ha dado otro argumento para no adoptar un instrumento intermedio, que la acción combinada del fusil y del cañón parecía reemplazar con ventaja.

Pero los hechos, al parecer, van demostrando la sinrazón de los que así piensan. De todos modos, las ametralladoras y los cañones revólvers se han perfeccionado hasta el punto de que hoy lo difícil es escoger entre los numerosos modelos que en la industria se encuentran. Todo el mundo conoce el cañón Maxim, y también puede citarse la ametralladora inventada por el ingeniero badense T. Bergmann, que lanza balas de ocho milímetros y cuyo modelo más reciente data de 1902 y presenta varias notables mejoras.

En esta ametralladora, el retroceso del cañón y de la culata se utiliza directamente para las varias operaciones que requiere el tiro; pero así como el retroceso del cañón se halla limitado con bastante rapidez, la culata, que en aquel momento se descalza, abriendo la cámara, continúa su movimiento hacia atrás, estira el muelle de cierre y arrastra una masa percutiente que se engancha al gatillo. Así que termina el retroceso, el muelle de cierre se afloja y hace avanzar la culata móvil, que se fija nuevamente

al cañón, arrastrándolo á su vez hasta su posición normal de tiro. La alimentación en proyectiles se hace por medio de una tira flexible provista de balas que atraviesa el arma apoyándose en cilindros y avanza una muesca á cada movimiento de vaivén del sistema de cierre.

Puede efectuarse á voluntad un tiro por disparos

suelto apoyando el dedo en el gatillo ó un tiro continuo soltando éste de manera que la masa percutiente sea empujada automáticamente hacia adelante por el muelle de percusión que se pone tenso al producirse el retroceso. El movimiento de vaivén se

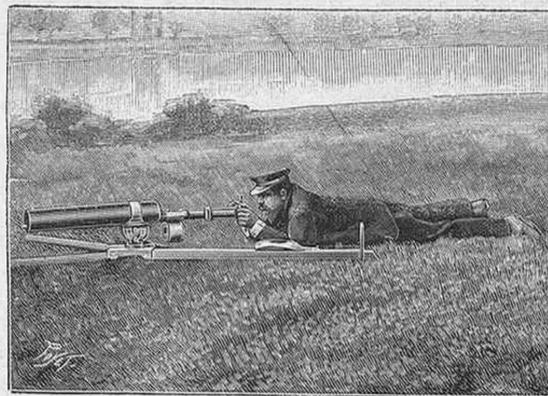


Fig. 4. - Posición de tiro

produce en una caja de culata fija montada sobre la cureña y prolongada hacia adelante por un manguito refrigerante que contiene seis litros de agua y cuyo cierre hermético está asegurado por una caja de estopas y por anillos de ajuste en los cuales puede deslizarse libremente el cañón en el momento del retroceso.

El arma termina en su parte posterior en dos man-

ducir el avance. La tira lleva 250 cartuchos de ocho milímetros y se enrolla en un tambor encerrado en una caja que se coloca al lado derecho de la cureña.

En una arma de esta índole es indispensable combinar con el mayor cuidado las disposiciones de seguridad. En esta ametralladora, en primer término, el pie del alza, cuando ésta está caída, sujeta la masa percutiente, impidiendo de este modo que salga el tiro. Además, en la posición de tiro, la masa percutiente está contenida por la palanca de movimiento automático, que no cae sino por la acción de la culata móvil y solamente cuando ésta se halla completamente cerrada. Por último, sólo cuando la culata móvil se ha unido al cañón y forma con éste un solo cuerpo, puede la punta del percutor salir de su cámara y formar eminencia sobre el canto izquierdo de la culata móvil.

La ametralladora tiene una longitud de 1'08 metros y sólo pesa 20 kilogramos, á los que se añaden seis kilogramos del agua de refrigeración; se ve, pues, que el arma puede ser llevada fácilmente por un hombre. La tira de alimentación vacía pesa 1.650 gramos y 8.460 cuando está cargada con 250 cartuchos; la caja en que va encerrada pesa 2.500.

Pueden emplearse dos sistemas de cureñas, según que el transporte lo hagan los hombres ó un animal: en el primer caso, la cureña tiene la forma de un sencillo trípode que pesa 23 kilogramos y se presta á las más diversas posiciones de tiro. La cureña-carro, es decir, la que es arrastrada por un animal, pesa 48 kilogramos. En resumen, el aparato completo, con una sola tira de cartuchos, pesa apenas 60 kilogramos con cureña-trípode y 85 con cureña-carro.

Este conjunto constituye una de las armas más potentes y más cómodas, que puede ser fácilmente disimulada detrás del más pequeño obstáculo, y en la cual el empleo de la pólvora sin humo impide, por otra parte, descubrir su posición.

G. ESPITALIER.

ATRACCIÓN

DE LOS

ANIMALES POR LA LUZ

¿Quién no ha observado en las tranquilas noches de verano, cuando la suavidad de la temperatura invita á instalarse fuera de las casas ó á dejar la ventana abierta, cómo los insectos de toda clase se aproximan á la lámpara, revolotean agitados en torno de la misma y acaban por abrasarse en su llama?

Este fenómeno ha llamado desde hace mucho tiempo la atención de los naturalistas y todavía no ha sido explicado satisfactoriamente. En 1748, Reau-

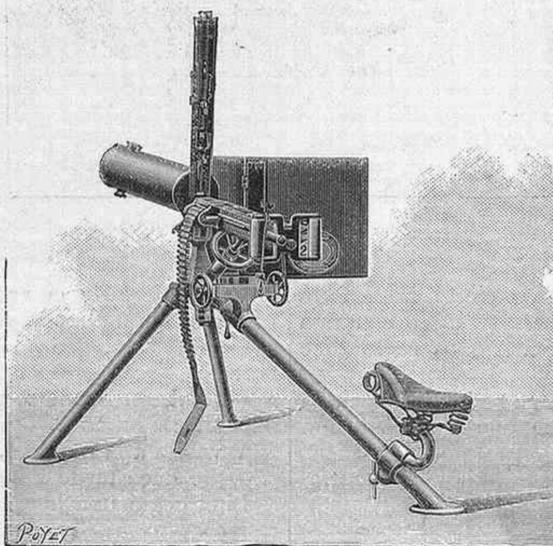


Fig. 5. - Ametralladora Bergmann con la tapadera de la caja de culata levantada

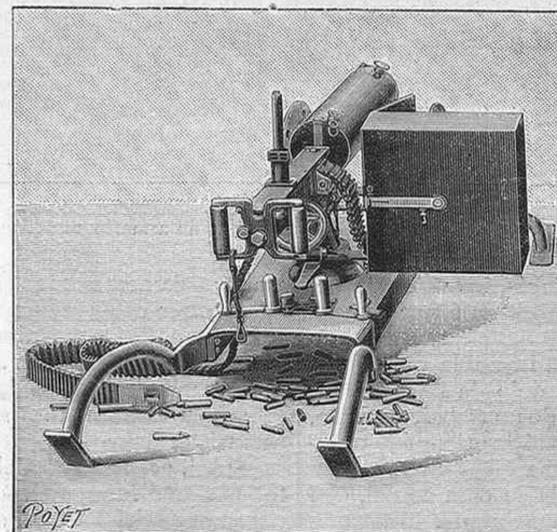


Fig. 6. - Ametralladora Bergmann sobre carretón-cureña

gos paralelos puestos simétricamente á cada lado, que el tirador empuña con sus dos manos, poniendo el pulgar derecho encima del muelle que suelta el gatillo, y el izquierdo sobre la extremidad cuadrada de la palanca que gobierna el tiro por disparos sueltos. Toda la caja de la culata tiene una forma general de sección rectangular y está cerrada en su cara

ratura invita á instalarse fuera de las casas ó á dejar la ventana abierta, cómo los insectos de toda clase se aproximan á la lámpara, revolotean agitados en torno de la misma y acaban por abrasarse en su llama?

Este fenómeno ha llamado desde hace mucho tiempo la atención de los naturalistas y todavía no ha sido explicado satisfactoriamente. En 1748, Reau-

mour hizo observar que precisamente las mariposas nocturnas, las que huyen de la luz del día, son las que por la noche buscan las luces artificiales. Romanes opina que la curiosidad es la que impulsa á los pájaros á acercarse á las linternas de los faros y á los peces á reunirse cerca de las barcas provistas de una antorcha. Forel demuestra que las luces naturales son siempre más ó menos difusas, y que los animales no están acostumbrados á ver luces concentradas en un punto; éstas les engañan y su pequeño cerebro no es capaz de concebir este espectáculo tan nuevo para ellos, y de aquí sus repetidas tentativas para acercarse á la llama. Los insectos domésticos, como la mosca, se han acostumbrado á la vista de las luces artificiales y no se dejan engañar por ellas.

Loeb ha dado recientemente una explicación mecánica del fenómeno; según él, se trata de un fototropismo análogo al de los vegetales. Su pongamos una mariposa impresionada lateralmente por la luz; ésta pondrá en acción los músculos que dirigen la cabeza del animal hacia el punto luminoso; una vez colocado el animal en el sentido de la radiación, la luz herirá con igual intensidad los dos lados de su cuerpo, de modo que no podrá desviarse ni á derecha ni á izquierda y continuará moviéndose hacia la llama, hasta que el calor demasiado fuerte la aparte nuevamente de ella.

Esta explicación se ajusta á las actuales tendencias científicas: tiene esa apariencia de vigor que agrada á ciertas inteligencias y trata de poner los fenómenos biológicos en la esfera de la mecánica. En primer lugar, nada permite comprobar esta acción de la luz sobre los músculos y, si fuese cierta, no sabemos ver por qué los animales no han de volar también hacia el sol ó hacia la luna.

Por otra parte, no es verdad que los insectos vuelen directamente hacia la luz para apartarse nuevamente de ella y así indefinidamente, á menos de que

caigan en la llama; en realidad, se aproximan á ella oblicuamente, describen uno ó dos círculos alrededor del punto luminoso y se alejan de él si la llama no ha chamuscado sus alas.

En la teoría de Kiesel, el ojo compuesto del insecto tiene una sensibilidad más obtusa que la nues-

que vuelan en una noche oscura, únicamente ven la luz del faro y son atraídas invenciblemente por ella.

Radl hace observar que todo ser que quiere cambiar de sitio debe estar orientado con relación á una fuerza exterior; por esto en cada momento nos orientamos por nuestras sensaciones táctiles, auditivas ó

visuales. Para los animales que vuelan en los aires ó nadan en el agua, la orientación óptica es tanto más necesaria cuanto que les faltan las impresiones táctiles. En pleno día, el espacio que los rodea les ofrece un gran número de superficies iluminadas por las cuales podrán orientarse; pero cuando de noche sólo brilla un punto luminoso, el animal se dirigirá hacia él instintivamente y recorrerá alrededor del mismo trayectorias más ó menos complicadas, según que ceda á la atracción que la luz ejerza sobre él ó que trate de huir de ella. Esta teoría tiene la ventaja de explicar por qué son principalmente los animales aéreos y los nadadores los que se ven atraídos por puntos luminosos.

Debe hacerse observar que la atracción luminosa sólo se ejerce sobre los animales más instintivos; aquellos en quienes la inteligencia está muy desarrollada, podrán tratar de acercarse á un punto luminoso ó calórico con un fin determinado, pero jamás experimentarán esa atracción irresistible y casi mecánica á la que sucumben tantos vertebrados inferiores é insectos.

Tales son las diversas explicaciones que se han dado de ese fenómeno tan fácil de observar. Unas son más bien fisiológicas; en otras intervienen consideraciones físicas y mecánicas.

Es probable que la mayoría de las mencionadas explicaciones encierren una parte de verdad y que el problema no pueda resolverse enteramente sino por la combinación de estos distintos elementos.

DR. L. LALOY.

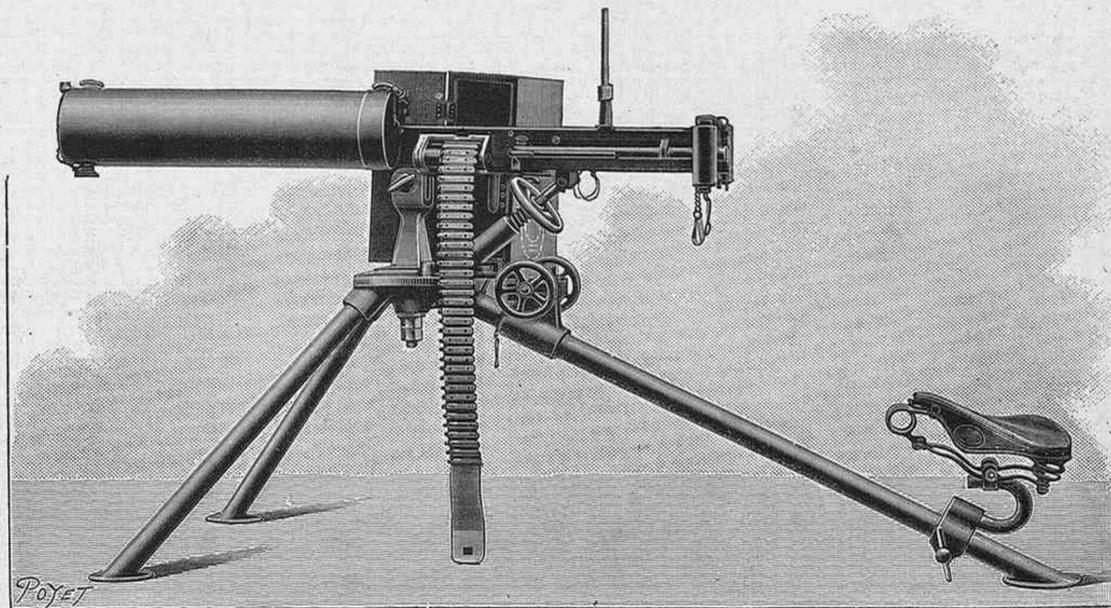


Fig. 7. - Ametralladora Bergmann montada sobre trípode-cureña

tra, puesto que puede, en efecto, soportar la luz directa del sol; pero cada uno de los ojos simples que lo forman no recibe sino una cantidad muy pequeña de esta luz. En cuanto á los objetos terrestres, aunque débilmente iluminados, el insecto los distingue porque, en general, se le presentan bajo un ángulo mayor que el de 32° bajo el cual ve el sol: cada ojo simple recibe tanta más luz cuanto mayor es la superficie; así lo que falta en intensidad está compensado por la magnitud de la superficie iluminada. El insecto no está deslumbrado por el sol y ve, sin embargo, los objetos terrestres. En el caso de una luz artificial, ésta aparece al insecto, distante sólo algunos decímetros, bajo un ángulo mucho más grande que cuando ve el sol; el insecto está deslumbrado por ella, ó mejor dicho no ve otra que ella, al paso que en pleno día ve, no sólo la luz solar, sino también los objetos terrestres. Del mismo modo las aves

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

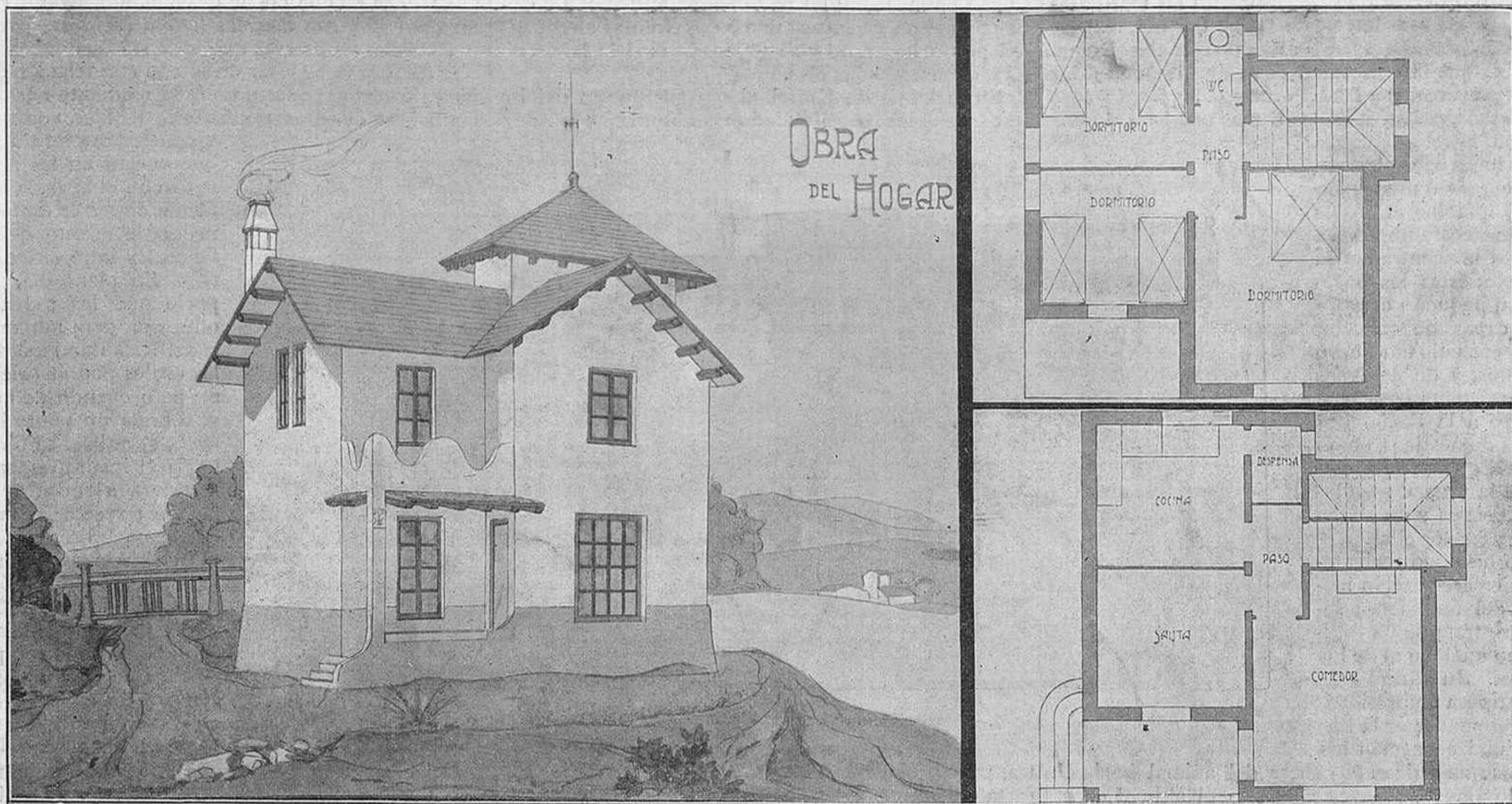
REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

AGUA LÉCHELLE
Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célèbre purgativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones, eficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU
El mejor y más económico Ferruginoso.
CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias.



Barcelona. - Casa para una familia obrera adjudicada por la *Obra del Hogar* al obrero D. Juan Quintana y Llorens. - Planos de la planta baja y del primer piso de la misma
Proyecto del arquitecto D. Enrique Sagnier

Digna de aplauso es la finalidad de la asociación denominada *Obra del Hogar*, puesto que se propone construir varias casas, propias y adecuadas para familias de obreros, cómodas y espaciosas, dotadas de su correspondiente jardín, que podrán adquirirse sin sacrificios ni violencias, ya que al cabo de un número de años abonando un módico alquiler, inferior al que hoy satisfacen las familias de nuestros obreros, pasarán a ser propiedad de aquellos que las ocupen, como merecido galardón a su laboriosidad y merecimientos.

Tan nobilísimo propósito ha de merecer la simpatía y el apoyo de todos. Así cabe esperar, con mayor motivo, si se recuerda el hermoso acto celebrado el día 18 de diciembre último, en que tuvo lugar la adjudicación de la primera casa construída en la barriada de San Martín, proyectada y dirigida por el distinguido arquitecto D. Enrique Sagnier.

Réstanos consignar el ferviente deseo de que la *Obra del Hogar* pueda ampliar su esfera de acción y aumentar cada año el número de construcciones.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES et Cie. B-S-Dambaz

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

AVISO A
LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HONGLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILVORE DUSSE. 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN